



do.
2 Concurso
de Cuentos
Radio Santa María
1 • 9 • 9 • 4
Cuentos Ganadores

Antología

ANTOLOGIA

2^{do} Concurso de Cuentos

Radio Santa María

1 • 9 • 9 • 4

Antología Concurso de Cuentos 1 9 9 4



Editorial Amigo del hogar
Santo Domingo, D.N.

Primera Edición, 1995
Antología - 2do Concurso de Cuentos 1995
Radio Santa María

Composición y diagramación
CARLOS ALBERTO FERNANDEZ-ROCHA

Corrección y cuidado de edición
CARLOS FERNANDEZ-ROCHA

Impreso en República Dominicana por
EDITORIA AMIGO DEL HOGAR
Santo Domingo, D.N.

Indice

	Página
Introducción:	
Una historia para tener en cuenta-----	7
Cuentos Premiados:	
Estridencias-----	17
Fulgor de Fantasma-----	23
Delirium-----	29
Pasadizo-----	33
Memorias Perdidas del Motel Paradiso---	35
Menciones:	
La Virgen de la Poza del Castillo-----	51
El Ciguapo-----	63
Mi hijo no va a ser gringo-----	71
El Valiente-----	87
Amigas-----	99
Anexos:	
Acta Unica del Jurado de Premiación----	107
Bases del Concurso 1994-----	111

Introducción

Una historia para tener en cuenta...

La historia del cuento es tan larga como la historia misma del hombre. Se pierde en las nieblas del tiempo, como se va esfumando en el pasado la silueta del hombre. Nace casi con su capacidad de hablar y comunicarse, por lo que podemos asumir que las primeras formas sintetizaban la simple lucha de aquellos hombres por su supervivencia.

Poco después, los más viejos tratan de traspasar sus experiencias a los más jóvenes a través de cuentos que, dependiendo de la capacidad de cada uno, se llenarán de la más prodigiosa imaginación o se desnudarán en el reportaje periodístico.

Después viene la necesidad de identificarse como grupo y de contar su historia social y nuevamente el cuento estará disponible para auxiliar al hombre y producir una forma que se adapte a la satisfacción de esas necesidades.

En fin, los orígenes más remotos nos ofrecen un perfil del género cuento que se puede resumir en este pequeño grupo de características: es de naturaleza oral, breve, anónimo y de tema social o humano. De estas características se puede deducir que el género surgió vinculado estrechamente a la vida del pueblo y pervivió en la medida en que el conglomerado social veía sentido y función en lo que escuchaba.

Hoy en día estas tradiciones todavía perviven en el cuento folklórico popular, demostrando de paso una vitalidad y capacidad de adaptación asombrosa.

Tenemos pocas muestras documentales de estas narraciones antiguas, aunque podríamos referirnos a la "Historia de Sinué" o al "Libro de los Muertos" de la cultura egipcia, a los que se le atribuyen unos veinte siglos de antigüedad (a.C.) y que serían apenas una muestra que poco probaría. Es por eso que suele considerarse a la India, por su gran influencia, como el hogar natural del cuento literario. La más famosa de estas recopilaciones es el "Pantchatantra" primer eslabón de una larga cadena que llega desde Oriente hasta Occidente.

También en la Biblia se pueden encontrar numerosos textos que preceden al género, aunque su naturaleza ya no sea oral y anónima como las de otras muestras documentales mencionadas antes.

La cultura clásica greco-latina, que en buena medida da origen a toda la cultura occidental, no

fue muy aficionada al cuento; por lo que tarda en institucionalizarse entre nosotros como género literario. Aún así, se pueden citar algunos autores que crearon o rescataron de la tradición al género. Herodoto, Jenofonte y Petronio nos han dejado bellos ejemplos y si hacemos caso de Jenofonte, él nos cuenta que hasta el emperador Augusto era muy aficionado al cuento oral folklórico.

En cambio, el mundo árabe sí fue muy dado a la narración y a la redacción de cuentos y relatos; unos de tradición oral, otros creación de alguno que otro autor conocido. El cuentista árabe, en su mayoría, había asimilado los temas y leyendas del Oriente y del África transformándolos en colecciones a veces muy originales como “Las Mil y una Noches” o el “Libro de Calila y Dimna”. Es por esta puerta por la que entra en la tradición literaria occidental el gusto por el cuento.

Durante esos años oscuros de la formación de las nacionalidades europeas, el cuento literario tiene dos corrientes distintas. Por una parte, hay un grupo significativo de cuentos y colecciones que continúan adaptando y remozando las tradiciones orientales arabizadas; por otra, la cultura cristiana produce también su cuentística de acento marcadamente moralizante y exemplarizador.

Así, primero encontramos la “Disciplina Clericalis” y “El Libro de los Engaños de las Mujeres” acomodando temas antiguos y más

tarde se inicia la creación en temas inspirados vagamente en la tradición oriental como en el “Libro de Patronio” de Don Juan Manuel, “El Decamerón” de Bocaccio o “Los Cuentos de Canterbury” de Chaucer. Cuentos y leyendas religiosas sobre historias de santos y santas se escribieron también en abundancia.

El perfil del género era aún muy disperso. Algunas colecciones se escribían en verso como el “Especulum Historiae” de Vicente de Beauvais, “Seur les Miracles de Notre Dame” de Gautier de Coinci o los “Milagros de Nuestra Señora” de Berceo. Otras en prosa, como el anónimo y popular “Roman de Renard” o la célebre “Roman de la Rose”

En los siglos siguientes se podría decir que casi todos los escritores redactan algún que otro cuento, pero ningún autor se destaca en particular por ellos; tampoco se puede señalar una colección de narraciones cortas especialmente meritoria. Hasta el siglo decimueve no encontraremos nuevos y grandes creadores de cuentos, permaneciendo el género en una especie de ocultamiento. Solo debe mencionarse de este largo período la introducción del tema de “La Cenicienta” en la afortunada pluma del francés Charles Perrault.

Es el Romanticismo con su fuerza lírica y su sobrevaloración de la fantasía, el heroísmo y el pasado más remoto quien renueva la vida del cuento. Al principio, muy vinculado con la tradición popular como en los hermanos Grim,

Hoffman y Hans Christian Andersen. Liberándose poco a poco de la tradición y pretendiendo de una u otra manera "hacerla" como en Washington Irving y sus "Cuentos de La Alhambra" Dejando finalmente libre la facultad de la imaginación a partir de Daudet, Merimée y Balzac; Puchkin, Gogol y Chejov; Walter Scott y Rudyard Kipling.

A fines del siglo XIX el énfasis en el realismo favoreció la novela por encima del cuento, que tiende a sintetizar la realidad, no a explayarse en ella, usando con frecuencia cada vez mayor el símbolo. Sin embargo, en los últimos años del siglo y la primera década del siglo XX, el cuento recobró un nuevo ímpetu a través de la compleja ironía y objetividad artística de autores como Guy de Maupassant en Francia, Joseph Conrad en Inglaterra o Henry James en América del Norte La narración corta se convierte en sus manos, no tanto en una parábola que ilustra los problemas sicológicos y morales de la sociedad, sino más bien su personificación en estructuras muy complejas a veces.

Ya para esos años se contaba con numerosos escritos teóricos que fueron rápidamente haciéndose obsoletos ante la experimentación literaria prohijada por la vanguardia. Nunca como en este siglo se han producido tan excelentes y originalísimos cuentos, así como colecciones y cuentistas en gran número. Hasta tal punto, que para muchos es el género más propio del siglo XX.

En nuestro país debemos suponer que el cuento llegó, como el resto de la cultura hispánica, junto con los colonizadores. De hecho, la recopilación de Manuel de Jesús Andrade (“Folklore de la República Dominicana” Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1942) evidencia una fuerte pervivencia, hasta este siglo, de las raíces peninsulares de la tradición narrativa popular.

En el ámbito literario, es natural que tengamos que esperar hasta el romanticismo para encontrar los primeros cuentos, a medio camino entre la leyenda y la historia. De ese momento en adelante, sin embargo, podemos descubrir una línea de desarrollo continuado hasta nuestros días que tiene como sus cúspides indiscutibles a Fabio Fiallo, Sócrates Nolasco, Juan Bosch y Virgilio Díaz Grullón.

Esta misma trayectoria, con un desfase de pocos años, se produce también en la literatura del continente americano. Es decir, partiendo de un primer desarrollo incierto en el costumbrismo de finales de siglo, llega a su máxima y excelente florecimiento en escritores como Horacio Quiroga (maestro del cuento hispanoamericano), Jorge Luis Borges y Juan Rulfo.

Actualmente, y sobre todo a partir de la muerte de Rafael Leonidas Trujillo, el cuento ha sido uno de los géneros predilectos de los escritores dominicanos, alcanzando un desarrollo del que adolecen otras manifestaciones literarias como el teatro o la novela. Es posible que

la existencia de concursos como el de "La Máscara" (convocado en contadas ocasiones, pero de trascendental importancia en su momento), el de "Casa de Teatro" (que ya tiene más de veinte años consecutivos realizándose), el de la Diócesis de Higuey (últimamente un poco apagado, pero con una prestigiosa labor de treinta años) y otros más, tengan algo que ver en esta situación tan favorable.

Pocos concursos hay, sin embargo, tan democráticos y abiertos como el de Radio Santa María. Concurso este que solo tiene un par de años de existencia, pero ha contado con un apoyo tan masivo y de tan variados sectores de la población que demuestra no solo el poder de convocatoria de esa emisora, sino la fortaleza del género entre los sectores más disímiles: el campo y la ciudad, el Cibao, el Sur, la Línea Noroeste o la Capital. Además, las divergencias de estilo, temáticas y técnicas; y de longitud, desde media página hasta cuarenta y más.

Todos quieren hacer cuentos y todos deben sentirse invitados a escribir, a contar un girón de su experiencia en palabras. La tercera edición de este concurso ya está en marcha y para esta ocasión esperamos la misma devoción, el mismo desinterés y riqueza que en los años anteriores. PATRIA se construye no solo con un pico o un azadón, sino también en cualquier trozo de papel, con el humilde lápiz de grafito y en cualquier rincón de nuestra geografía, si se hace con amor..

Carlos Fernández-Rocha,
12 de setiembre de 1995.

Cuentos Premiados



R. Entz 95

Estridencias

Seudónimo: Calcas Proteo

Autor: Eugenio Camacho

Un saxo. El medio tono se esparce como un blues. La música empuja el garabato del graffiti y atraviesa las partituras de jazz. Sale en su medio giro, vuelve al músico y luego se diluye en la pared del graffiti. Parece una noche de silencio, pero el hombre del Bar ha roto los sonidos para crear su música. Pedrito volvió a mirar la calle oscura. En el centro del Bar una fotografía detenida encima de un viejo saxo. La estática figura de barro ejecutando una pieza tropical de movimientos y melodías que se iban y venían con el viento. Pedrito y su graffiti volvieron a ver la calle oscura. El hombre del Bar estaba ahí, dispuesto a todo. Después, el cuadro con la sonrisa congelada, en esa posición de músico universal, en esa objetivación de planos y perspectivas. El músico estaba sólo. Había decidido no

ser barro. Fotografía olvidada o silencio tal vez, volvió a ejecutar el medio tono como haciendo un dibujo en el viento y Pedrito lo miró a él. Una ola de sonidos lo arrullaba imperceptiblemente, recuerdos de infancia quizás, posibles máscaras talvez y el jazz salía con más rabia. Pedrito sentía la música desde la lejanía, por toda la calle, poseyéndolo, cubriendolo de sonidos inéditos y notas que se hacían dueñas del grafitti. El músico bajó del escenario, reluciente El saxo y el jazz seguían a Pedrito como una sombra, como si caminaran juntos por las calles obscuras. El saxo era el hombre. El hombre era el jazz. Todos juntos como una sinfonía, se multiplicaron los sonidos a un nivel más amplio que el espacio geográfico, capaces de fluir en el tiempo y la sombra. Los dibujos se iluminaron con la luz de la luna y su cara se quedó fija en el trazo: una vaquita morena rompió los espejos del agua y la transparencia se esfumó como el humo. Un ave de perfil danzando en la copa de una aguja. Más abajo, el agua azul de un lago extraño y la luna volvió a temblar en las hondas con el aleteo de los peces y el terso esqueleto de los colores de la ciudad. Era difícil hacer grafitti en medio de la incertidumbre y el miedo. Sólo cuando se está poseído por una fuerza musical que inspira la llama del garabato. A pesar de eso, cada noche volvías a tu manera habitual de los trazos y de los colores intensos, después que el carro patrullero peinaba las calles como un viento fuerte Y volvías de nuevo a la esquina de la

pared y ahí estaban los caballos con alas, caminando en los musgos de las aguas azules. Talvez parecía un juego abstracto de colores. Sabes que esa noche la patrulla mató uno y que tú habrías podido ser ese. Llegaste jadeante a la casa, bebiste nervioso del vino que ella prefería cuando estaban en la soledad o en el palpitar del sueño. Nada en la calle oscura. Ni perros, ni policías. Posibles signos, con secretos indescifrables, grafías y garabatos que hablaban de la pasión por la vida, la muerte y el suicidio y las palabras proféticas y las palabras furtivas: “¿Para qué vivir cien años si habremos de vivirlos rodeados de cieno?” Una vieja melodía se escapa en el silencio. Una sirena. El reflector rojo. El medio tono volvió a sonar y llegó a nosotros, “Love is blue...” y su estridencia palpable. Ya no parecía lejos la sirena, ni el grito del sexo tampoco. Estaban ahí, vigilantes, unos abriendo caminos a posibles creaciones; otros cerrando posibles “folkways”. El radar abrió una puerta en la oscuridad, detectando cada movimiento, y el medio tono del saxo lo poseía a ellos, violando sus oídos. Los grafitteros estaban acuclillados, chocando las rodillas de miedo, mascándose la lengua con los dientes. Sonó el campanario de la iglesia. ¿Doblaban por un viejo saxofonista de jazz? Era la hora de los perros hambrientos escupitajos, zafacones de picapollos nocturnos y latas de cerveza. De nuevo el medio tono persiguiendo a las criaturas. Decididos a bajar, rodaron como ratas. Pedrito se imaginó pateado.

El policía lo tomó por el cuello levantándolo. Nubló la vista. Lejos el quejido. Un policía alto y fuerte “Son unos estúpidos” y lo estrellaba en las paredes del callejón. Pedrito se imaginó en el carro de la policía. Su vista se perdió en la lejanía cuando lo entraban en ese hospital por donde curan a los enfermos de emergencia, de cortinas apagadas, de secretarias bien vestidas. Pregunté en “Información” “Quinta sur”, me dijeron. Está moribundo Ibamos corriendo todos por los pasillos. El hospital es monstruoso y las enfermeras se apresuraban junto a los médicos, corriendo detrás de nosotros. El músico y el saxo regresaron del Bar con su estridencia y su medio tono, porque los grafittis nunca mueren. Recuerdas que ayer fuimos al cine a mirar el último guion sobre grafittis. Recuerdas que no pude dejar esa niña. Tu niña, con la que estuviste esta semana allá, debajo del puente, cuando ella te besaba locamente en el cuello y tú, poseído por la magia, casi rendido en el éxtasis de un suspiro y tú suéltame y ella apretujándose contra su pecho, queriendo hacer una silueta debajo de la luna y tú no me dejes y la música metiéndose en los párpados de ella y el grafitti en la pared y el ladrido de los perros del otro lado del río y el saxo y su estridencia que volvían desde lejos, “love is blue” y tú metiéndole las manos, mojando el cuerpo de ella con el sudor del tuy, soltándole la blusa y el sostén. Ya baboso el pecho de ella, ya lamiéndole los pezones y la luz de la luna que ahora

temblaba en el agua azul del lago que eran sus ojos, los de ella mezclando el quejido de placer con la estridencia del saxo. "love is blue", y tú respirando apresurado y ella no me dejes, doblada en dos entre tus brazos, perdiendo la energía en ese rito del amor y del deseo, en esa mágica ola de espumas. Como si el saxo dejara una huella en el vacío. Es el canto de los peces. Es tu grito. El de ella. Unidos gritando los sueños. Y la ropa caída y tú que no me entendías. La patrulla estaba ahí, sigilosa. No debes irte, es peligroso que estés ahí, en esa oscuridad intransferible de excusado. En ese féretro negro, en ese laberinto de soledad irrevocable. No avances hacia el vacío del tiempo, allá en la eterna lejanía donde solo es posible el grito de tu memoria donde jugarás con el viento frío de lo eterno. queriendo dibujar la noche, haciendo grabados con tus palabras atrapadas. Mañana vendrá la lluvia al atardecer. Las mariposas con su volar de medias alas, a comer el nácar de tu voz. Tu madre con su voz de angustia. El músico con su medio tono y el saxo con su estridencia dejarán el Bar vacío y nosotros los grafittis a escuchar, sobre esta forma rectangular, la última estridencia de una pieza de jazz.



R. Bla 95

Fulgor de Fantasma

Seudónimo: Blase

Nombre: Ubaldo Gómez Molina

Era un encuentro aplazado desde hacía seis años por circunstancias que los dos conocían. En cada uno anidaba la tremenda angustia de que se desenmascararían los enigmas que se habían creado a lo largo de ese tiempo. Era el mejor día para enfrentarse uno al otro con todas sus consecuencias. Ambos llevaban una sevillana dormida en el bolsillo izquierdo del pantalón. Escogieron una mañana brillante de junio, frente al Mar Caribe, resucitador de recuerdos sórdidos para Celestino Moquete y Tomás Maler, cuya genealogía se perdía en laberínticas ramificaciones.

Se parecían tanto que costaba muchísimo esfuerzo distinguirlos, incluso para aquellos que

los habían visto nacer y crecer. Llegaron a Santo Domingo desde Puerto Plata en 1985 para estudiar en la universidad estatal, lo que nunca harían. Compraban y usaban ropas semejantes, dificultando su identificación. Había días en que salían a la calle con camisas y pantalones similares, sin previa coordinación, y con una visera verde.

Tenían gustos similares con las mujeres, de manera que la que le gustaba a uno, también le agradaba al otro. Permanecieron siete meses con amores furtivos con una joven, sin que ella se diera cuenta cuándo estaba con Celestino o el día en que la acariciaba Tomás. Celestino Moquete ideó marcharse de Santo Domingo a un país lejano. Un pensamiento parecido le atravesó la mente a Tomás Maler.

De lunes a viernes se encontraban en la Avenida Máximo Gómez con Independencia, casi a la misma hora. A menudo Celestino soltaba una risa irónica y Tomás le cortaba los ojos. Celestino iba alegre al trabajo y Tomás regresaba destrozado. Celestino vestía formalmente, recién afeitado y con el pelo húmedo; en cambio, Tomás usaba a esa hora ropa desaliñada, con barba de ocho días, despeinado, y proyectaba una amargura avasalladora. Sin embargo, uno veía en el otro su propio espejo. Una noche, Celestino fue detenido al ser confundido con Tomás.

Cuando Celestino se miraba en el espejo creía que había otra persona detrás de él. En

sueños sostenía discusiones mortales en las que consumía todo el arsenal excremental del idioma. Al otro día, al toparse, se acariciaban el bigote y se hundían en el estrépito de los vehículos. Celestino laboraba en un banco; Tomás, en una empresa infame destinada a ser volada cualquier día por un atentado terrorista. Aborrecían el trabajo y la pobreza espiritual dominicana.

Esa mañana chocaron los hombros y se observaron con extrañeza. Decidieron aclarar todo en un terreno de igualdad. Acordaron seguir la Máximo Gómez. Cruzaron la Avenida George Washington y empezaron a caminar a la izquierda. Ninguno se dignaba hablar. Eran las siete y media de la mañana. Celestino chequeaba el reloj con un gesto exagerado. Entraba a trabajar a las ocho y media, de modo que tenía suficiente tiempo para conversar. Por el lado les pasaban algunos rezagados que se ejercitaban en el Malecón. Tomás tenía mucho sueño y le hería en los ojos la intensidad del sol.

— ¿De dónde vienes tan temprano todos los días? preguntó, al fin, Celestino.

— Del trabajo.

— ¡Del trabajo! ¿Desde cuándo tú te metiste a serenear o a cazar fantasmas?

— Lo que yo hago es peor que serenear. Es mucho más indigno.

— Yo supongo que no es atracando gentes u otra actividad delictuosa.

— No, es muchísimo peor que eso.

— ¡Cómo! No creo que tú te estás prostituyendo.

— Eso jamás. Mi trabajo consiste en escribir pendejadas en una computadora, en una empresa miserable, comandada por un seudo-empresario.

— ¿Tú no crees que te mereces un trabajo más digno, de día y, sobre todo, mejor pagado y en mejores condiciones?

— Tú tienes toda la razón, pero te estás metiendo en un asunto muy personal, dijo Tomás. Se sentó en un banco para arreglarse los cordones de los zapatos. Celestino lo observaba y descubría los estragos de la mala noche, los golpes de los sueños perdidos y el sello de la derrota.

— Todo lo que te pasa a ti, me pasa a mí; me importas mucho. Tu eres para mí el hermano que no tuve, dijo Celestino y le dio dos palmaditas de cariño en el hombro derecho. El mar, el otro espejo, mantenía una rebeldía reprimida.

— Tú pareces un padre autoritario que nunca ha usado el poder de mando, dijo Tomás.

— ¡Y tú no eres más que un malagradecido! Trato de ayudarte y tú, sin embargo, estás a la defensiva. ¡Coñazo!, rugió apartándose.

— Tomás se quedó paralizado. No quería insultar a Celestino ni usar la sevillana. Lo miraba y bajaba la vista. Un vehículo estuvo a punto de arrollar a Celestino cuando cruzaron la avenida.

— Tu naciste hoy, le dijo una joven.

El calor y la afluencia de vehículos se había redoblado. Ahora se decían barbaridades. Cada uno esperaba que el otro se metiera la mano en el bolsillo para sacar la sevillana. Vivieron momentos de gran tensión, pero luego caminaron reconciliados rumbo a la Avenida Independencia. Cuando se acercaban ya a la vía, la gente vio, sorpresivamente, cómo Celestino Moquete y Tomás Maler destellaron en un fulgor de fantasma y se transformaron en un mismo ser.



Delirium

Seudónimo: Grulla

Nombre: Pedro Pablo Marte

Una hoja en blanco. Un Magnum 357 en una gaveta. Un colibrí, maravilla alada de la creación, se desliza suavemente sobre una flor para chupar su néctar. Las ramas de un tierno árbol me rozan delicadamente el rostro. Muerdo mis labios y comienzo a sentir un hilillo que se desliza sutilmente. Aún persiste el deseo y vuelvo a sangrarme para seguir tragándome ese líquido avinagrado de impotencia.

La vida rueda. Un conglomerado de hombres, en empresas independientes, trata de apagar las crestas de volcanes de fuego. Dentro de mí discurre un mar. Sobre las gramíneas, a orillas de la playa innominada, afidios arrastrándose, enroscándose unos sobre los otros. Cerdos bocaespumosa después del éxtasis. Pusilámines consumiendo Brugal para hacer el amor con fantasía. En cualquier punto de la ciudad una puta

le abre las piernas a un cualquiera. Luego un profundo deseo de dormir hasta más allá del sueño.

Corro tras el maullido de un gato y quizás no es un gato sino Gina que yo me imagino maúlla cada orgasmo. Habitó un mundo multi-forme donde Gina no es la simple Gina que conocí hace poco, sino una dulcemente tierna minina. La idealizo debajo de mí, negándose a seguir contorsionando su cuerpo, gimiendo, maullando; suavemente presionando mi órgano hasta la locura. Quizás asocie a Tony, que es su novio, conmigo. Pero yo, simultáneamente con ella, tal vez piense en Karina o en Quendy

Una hoja en blanco otra vez. Una creación alada tratando de succionar una flor. Un suave árbol que me toca con sus hojas preñadas de rocío. Pienso en Gina o en Karina, fugazmente asocio a Quendy. Mas no son ellas. Solo un hombre, solo yo sentado en un escritorio cualquiera vertebrando una fantasía, corriendo tras un maullido, mordiéndome los labios, sintiendo la tentación de un arma, habitando un hombre hueco, sin deseos de cazar una mariposa, soñando bordear la frágil silueta de una oruga. Un torbellino carcome mi alma. Una mujer desnuda, bombeada por los medios televisivos bajo la firma inconfundible de una casa licorera, se desliza elásticamente hacia mí. Trata de persuadirme para que ingiera alcohol y me ponga fuerte y le caiga arriba. Posiblemente sea Gina que trata de sonsacarme, pero me niego a

todo. No es Gina, ni Karina, ni Quendy Estoy solo en el escritorio, obnubilado, tratando de dejarme llevar a un punto imaginario donde un chupaflor acaricia suavemente una rosa, un árbol que toca tiernamente mis mejillas Entonces ese Magnum premonitorio ya no existe o quizás sí existe; solo un hombre íntegro (?) bajo un árbol que vuelve a tocarle los pómulos, suavemente, suavemente suave.

Una hoja en blanco es una tentación, sujetada al capricho de quien la escribe Dispuesta a dejarse garabatear hasta que no quede más tinta. Penetrar en su planicie infinita impregnada de cadéricos ritmos afrodisíacos. Buscar, por enésima ocasión el calor ilimitado de sus piernas. Atracar en la cresta de su volcán y atenuar su hoguera.

He regresado al escritorio con ideas más lúcidas. Sé que resulta imposible un orgasmo con Gina, comprendo que una botella de licor no es una salida, que quizás el arma ya no dispare Recuento: Una hoja semi-escrita, medio arrugada, un colibrí haciéndole acrobatismos a una musa, un revólver tentador y un hombre hueco, indiferente. Me asalta la idea del suicidio pero solo tengo coraje para volver a morderme los labios hasta que empiece a sentir un hilillo deslizándose burlonamente de mi boca.

Rerecuento otra vez Un pelele en un escritorio dejándose llevar de las manos a un punto ficticio. Unas hojas que lo acarician grácilmente. Ahora una gaviota que se acerca, volan-

do parsimoniosa y satíricamente sobre el mar Quito mi atención momentáneamente del Magnum y me concentro en capturar una frágil gaviota que ya no es una gaviota, sino un extraño ser que comienza a graznar mefistofélicamente. Corro alocadamente a la gaveta, saco el portentoso revólver y disparo una y otra vez hasta vaciar su contenido. Camino, con el arma humeante en la mano hacia el tronco del árbol y tomo el colibrí destrozado, aniquilado, por la ira del arma que alguna vez se pensó que nunca dispararía.

Sentado bajo el árbol, la manta de la noche abrazando mi cuerpo, lloré la suerte infausta de aquella inofensiva criatura.

Pasadizo



R. Stiz

Pasadizo

Seudónimo: Putasa della Rosa

Nombre: Julio Adames

*"Habrá un punto de partida, yo estaré, no seré yo,
yo estaré aquí, me diré lejos, no seré yo, no diré nada,
habrá una historia, alguien va a intentar contar una historia."*

Samuel Beckett

El carbón de tierra tapando los matojos, ha venido huyendo de lo de la cárcel, sudando el miedo y los ojos, yo lo seguí, la sombra detrás del fango, rozando la hedionda ruina de madera, pisando zonas de barro y charcas de mimes, pudiendo coger a lo largo del arroyo evadiendo así los cambroniales y los yuyos, pero en vez de eso se fue por la garganta de caliches, por ahí, pisoteando los matojos, dejando en mis ojos

sólo el abultamiento, las zancadas en el fango, los pasos detrás, oliéndote como sabueso, llevando al pecho manos y ojos, el asma atacándome, rompiendo el pecho y los ojos por dentro de la poca luz, reponiendo fuerzas con un yerbajo agrio que chupó en un respiro, cuando se detuvo a defecar debajo de un arbusto y oyó los pasos y entonces la mano en el cinto y el bulto al hombro, la fatiga lastimándome el pecho y sin tomar aliento, el cuerpo en U como robado por la carne, esperando lugares estrechos cubiertos de algazara por donde otros pasarían, pasando otros y no él, que más bien se había distraído a propósito, a fin de borrar huellas y duras cachazas, a eso, aunque tragado por la noche no se figuran los árboles y el dolor se pierde en zonas de la sensibilidad, porque los golpes due- len y te abren los brazos lustrosos desaforada- mente, fusta y picota del lado de uno, en la boca, además, el miedo duerme y toma forma, la noche baja sucia y el punzón no lo dejaría ahí en el costado, los otros quedarían atrás ocultos por ramas, pasándome la mano por el cuello en la carne picada de bichos y él no sabía, un cuerpo, hundir el mango también por si acaso, sin llanto, la vista alerta, los otros al amanecer en la ca- rroña de los árboles y el cabaret, la vida que va allí forjada de antemano y llena de arena, mis instintos de mujer, fangando, él, de fuera, lo veo aún, era noche, huía, durmió mal, con ramalazos en el culo, atestándome al seto, la mesa, la cacha de un revólver, lo hizo en el piso, la cicatriz

honda anoche, comiendo debajo de árboles, ni preguntó y esa quietud de piedra, en el suelo, retorciéndose, no fue él, la poca luz ronda sola, aplastado en el matorral, no se entregará vivo, enfermo de este lugar y hora sucios, ajustar cuentas hasta el mango, un puñal, los ronquidos de un puerco, el capitán y los ojos muertos después, me irán diciendo cosas, preguntas, estoy jodida, primero camino sin prisa, después con prisa, rápido por un tablón horizontal, en el presente de un bien concreto, real, el fajo de billetes en los senos, no se aguantó, no pudo, el frío vino de la ciénaga, traiciona, te abligan a traicionar, y más adelante se dobla, bebe, hace calor, un sombrero de fieltro mojado, la luz rompe los ojos, él sigue con ganas de mearse, con ganas de amparar la luz negra pisando el suelo barroso y húmedo, si cambian las cosas me voy, romperte las manos y qué risa más estúpida el cabo, que sí que sí que le mamé el tolete al guerrillero, baboso, yerba y lodo enjarrado y la cabeza está débil, rumores bajos y más fuertes y no gritando que sobradas razones tiene para sentir miedo, los perros, la luna, un poco de luciérnagas si la cosa se pone fea, tantas veces muerto y tanta búsqueda y la imagen es nada, sombras de huir que tanto mal no hizo, enfermo y muerto, qué tiempo se pregunta metiendo el cuchillo en la panza, sangre, qué sé yo, morir porque yo misma, otras veces, lo he visto en una antigua mina y no me atraparán si alcanzo la ciénaga, y poco falta, contrario a él

que sigue su miedo, más al sur, abatido y en la gruta, perra suerte nomás, adelante o caer muerto al precipicio, piensa y tarda en seguir el instinto o detenerse ahí, en lugar de árboles, volviendo el rostro a los caminos, pero ya débil, con la cabeza plana contra el árbol y cierra los ojos, ¿llora?, no alza la cabeza, no mueve los pies, no siente los cabellos sudados y da muerte, pobre capitán, un perro, lo va a morder después que yo diga y diga, pobrecito, con estrellas en el ruedo de los pantalones, escriba, cabo, estuvo en la mina y luego en el arroyo y más luego en el gargantón de la gruta, no voy a decir que apoye la cabeza en el hombro, no se mueve, no respira, un muñeco de trapos y tierra de carbón, ojos detrás del matorral, el cuerpo inmóvil, lleno de baba, las moscas rondan por ahí, se apean del aire, patitas lentas, se apean y un tiro de fusil.

Memorias Perdidas Del Motel Paradiso



Memorias Perdidas Del Motel Paradiso

Seudónimo: Jack el Destripador

Nombre: Marcos Francisco Jorge

El autobús detuvo su marcha voraz luego de una danza de frenazos desesperantes y torpes zarandeos. Unos metros atrás, señalados por una estela terrible de sangre, desgarrones de piel, dientes sueltos, miembros arrancados y huesos astillados, los dos cuerpos, los residuos mayores de dos cuerpos, permanecían desnudos e inmóviles, atados unos al otro sobre la alfombra gris de la autopista. Los pasajeros, enredándose y desenredándose mientras avanzaban impávidos hacia el punto central de la tragedia, saturaban la noche con un rumor cuyo único elemento en común era el asombro. La vieja muerte, la de los cabellos tan leves como el vapor del opio,

los congregaba secretamente al espectáculo repetido y nunca gastado de la fatalidad.

—¡Ay Jesús!, apuró la primera en llegar con voz temblorosa, conmovida, como si en realidad prefiriese vomitar.

— Parecen una mujer y un hombre
¡Quedaron desnudos!

No has quedado desnuda, Angie; estabas desnuda antes de morir. Mírate perdida sobre la ruda alfombra del alfalto. ¿Quién imaginaría ahora que ese trozo de cuerpo, manco, machacado a lo cucaracha despachurrada, es lo que quedaría de ti? La Angie que todos conocieron y que otros acariciaron hasta el orgasmo en traspatios, callejones y entre los muchos espejos del Motel Paradiso. Tenías el cuerpo voluptuoso, líneas palpitantes, piel susurrando una palabra muda e infinita, siempre esa bandada de palomas aleteando desde tus manos, digamos, hasta la eternidad o, más modestamente, hacia la insondable finitud de otro cuerpo. Porque tu vida fue un constante desembocar en otra desnudez, en ese vacío falsamente salvado por el deseo. No era esa carroña tu cuerpo, Angie. Tu cuerpo era un palpititar de carne desgarrándose el vestido en la imaginación excitada de los otros. Y a veces, también de la tuya. Los primeros en testimoniar los prodigios de tu desnudez fueron los muchachos del colegio la misma tarde en que te espiaron mientras orinabas en el baño. “¡Tiene unas caderas de pan

dulce!", se esparció de boca en oído por aquel entonces. Luego, "Rosas temblando son tus senos", escribiría el poeta de la esquina que en los delirios del sueño te palpaba o "La sonrisa vertical que anidan tus piernas", según el último anónimo que te mandaron en un sobre perfumado; "Tus nalgas, más bellas que las de cualquier Playboy", regaban por todo el barrio los muchachos de la universidad. Y vaya que sí; eras el universo desnuda, Angie. No como ahora, arada por los hierros grasientos de ese autobús, hecha un etcétera, volcada en la irremediable nada de esta noche.

Los demás pasajeros, convidados por la alarma de la voz, se aglomeraron describiendo un círculo mal trazado alrededor de los dos cuerpos destrozados. Una surrapa de luna tremulaba entre las nubes oscuras. Alguien, con una eficacia macabra que rayaba en lo inverosímil, encendió una linterna. El chofer del autobús comentaba nervioso a los otros conductores que se habían detenido a presenciar la tragedia, los detalles del suceso: "Estaban acostados y desnudos en la autopista cuando salí de la curva. No se podían evitar" repetía con los labios anudados a una colilla. La insistencia minuciosa de la linterna ayudó a descubrir que los dos cuerpos permanecían unidos por los sexos.

"El cuerpo solo es válido como objeto de deseo, Angie" Eso te reiteraba Toni, enci-

clopédico él, casi apagado. Toni, reducido ahora a un pegote de carne, anónimo y literalmente irreconocible. Lo conociste aquella tarde en la biblioteca. Veamos, ¿qué hacías tú entre tantos libros añejos y rostros labrados de silencio? A lo mejor te había citado allí el bibliotecario, quizás aquel jabado taciturno de ojos inverosímilmente reducidos por el aumento de los lentes de sus espejuelos y cuya falsa fama de seductor se desvaneciera con el secreto revelado de su virginidad. Pero antes de entrar y ser probablemente desnudada tras los estantes del cuarto de archivo, la voz ida de Toni te disuadió, deberíamos decir que te sedujo. Míralo, mira ese residuo corporal bajo la luz acuciosa de la linterna que parece un garabato de tinta roja en un cuaderno borrado por un dedo húmedo.

Si hubieses sabido algo de libros, Angie, a lo mejor habrías podido desentrañar a Toni, porque los hombres son similares a los laberintos, solo conociéndolos podemos escapar de ellos. A ver, ¿qué podemos deducir de un sujeto que ha amoldado sus labios a las agridulces lecturas de De Quincey?; ¿cómo pasar por alto a un muchacho que ocupa su tiempo releyendo con fervor a "Justine" o decodificando el mundo a través de la visión degradatoria de otras obras del Marqués de Sade?; ¿qué otra cosa puede esperarse de un adolescente que se comunica mediante un florilegio de citas de Schopenhauer y que no piensa sino exactamente lo que ya

otros han repensado? Así era Toni. Pero tu preferiste conformarte con su malestar de hijo incomprendido, claro está, porque ser niño mimado, millonario en potencia, constituía una columna de esperanza para ti y a lo mejor con su oscuro sistema de seducción. "Es mejor sufrir que no haberte conocido", te recitó aquella noche, perdido en el ingenuo laberinto de espejos del Motel Paradiso, mientras dejaba deslizar sus dedos por el interior tibio de tus panties y hundía sus ojos apagados, sus labios mustios de tanto leer los paisajes putrefactos de Baudelaire, en el vacío líquido de tus senos. A partir de ese momento, sus fantasías eróticas te arrastraron a espacios y temporalidades insospechados, mutación que comenzó aquella tarde en la que Toni te sorprendió entrándose al baño de damas en el que te retocabas el maquillaje y te poseyó fugazmente, aprovechando un quebradizo instante de soledad. Después fue haciendo el amor en el parque, protegidos por la intermitente desolación que proveían la noche y la llovizna; los números eróticos conducidos con discreción en el asiento trasero de un autobús casi vacío; las sesiones amorosas sobre las tumbas del cementerio bajo la blanca luna.. y ni que decir de aquella madrugada en que entraron sin permiso a una casa desconocida, burlando la vigilancia del guardián y su perro y copularon en un sofá de la sala. "El orgasmo no queda jamás grabado en la memoria, mom cheri, lo que permanece en el recuerdo es la escena, impac-

tante y voraz, que nos lleva hasta su consecución" reiteraba Toni cuando te veía vacilar y te dejabas llevar entonces por sus oscuros sofismas como un hermoso cometa atada por un hilo. ¡Ay Angie!, así no se puede. Por eso cuando hace apenas una hora Toni, hundido en el letargo del hastío te explicaba que ya estaba harto de hacer el amor tan fácil, no tuviste argumentos ni voluntad para negarte escalofriada, para huir de una vez, para imponerte y haber evitado terminar como estás ahora sobre el gris adiós de una autopista, rota, triste, muerta.

La ambulancia, bulliciosa y veloz, se detuvo junto al autobús y de su interior salieron, dolorosamente predecibles, dos enfermeros transportando una camilla. Los despojos de los cuerpos permanecían cubiertos por un paño que algún cristiano, empujado por el pudor y la piedad o por el espectáculo que permite hacer la caridad, había dejado caer con cierta ceremonia sobre ustedes. El chofer del autobús, domeñado por una cajetilla de cigarrillos, había decidido llegar con los pasajeros a su estación de destino y después entregarse a la policía. Los enfermeros cargaron la camilla con los destrozos sanguinolentos, se abrieron paso entre la muchedumbre y los dejaron caer en la ensanchada fosa de la ambulancia. Así, el autobús marchó también tras la luz roja y dejó atrás la mancha grosera de la sangre, difuminada por la monocromía de la noche. Luego, tan leve que

parecía sin ganas, comenzó a precipitarse una llovizna.

“¡Quién te vio y quién te ve ahora!, ¿cuál es el corazón que no lloraría?” Mírate por el cristal de la ambulancia, Angie. ¡Mírate si puedes!. Te vas tornando una mancha de sangre que empieza a diluirse por la lluvia. El error fue quizás contarle a Toni tanto de ti, irte convirtiendo inadvertidamente en el instrumento adecuado de sus fantasías negras. ¿Para qué hablarle entre sollozos lo del tipo que te desflorara como parte de una supuesta prueba en que se vería si calificabas para trabajar “honestamente” bailando en los cabarets de Suiza?; ¿por qué describirle con lujo de detalles la numerosa nómina de romances que habías tenido desde aquellos años del colegio en los que el placer se reducía a una lengua inexperta, a unos labios deslizándose por tus senos y, las más de las veces, a un dedo desembocando temblorosamente en el palpitante surco de tus piernas? “Está bien, muñeca, el cuerpo lo es todo”, te justificaba Toni, mientras eschuchaba tus confidencias con sobriedad de sicólogo, con el gesto de autosuficiencia que a veces da el poseer en el estante las obras completas de Freud. Con cara de quién sabe cómo atravesaste hasta el fondo. Por eso, cuando él apagó el motor del Porshe en el garage del Motel Paradiso y después de un borroso silencio te dijo que esa noche se amarían de una forma diferente, no tuviste voluntad para

esfumarte. Salieron caminando hasta la autopista, que a esa hora se encontraba desolada. Entre los matorrales te desnudó seguro de sí, pausado, como si estuvieras envuelta con papel de regalo y luego te condujo con autoridad hasta el centro de la autopista. "Lo esencial en este juego no es que nos arrolle o no un auto, sino que nos estemos amando" te susurró mientras se hundía desnudo en el abismo de tu cuerpo. Cada momento era un universo de placer y miedo indescriptible. La noche se iba dilatando en un olvido que disgregaba tu cuerpo hacia el deseo. En el instante en que todo se te disolvía en arabescos luminosos, unos faroles repentinos y un ruidode metales -¿las bulliciosas luces del orgasmo o un autobús saliendo de la curva?- te devoraron repentinamente contra el asfalto.. Y todo cambió en ese instante eterno de placer, dolor y miedo, Angie. ¡Quién te vio y quién te ve ahora! Tu cuerpo dulce ha ilustrado una página de De Quincey, se ha perdido en el ajeno laberinto de sofismas del Marqués de Sade Miírate ahora, si puedes, Angie, vuelta un lamparón de sangre bajo el repicar sombrío de esta lluvia que te diluye en el asfalto, que te arrastra, que te lleva lejos.

Menciones

La Virgen de la Poza del Castillo

Seudónimo: Juan Sin Miedo

Nombre: Franklin Alvarez

Mi tío Oscar, poco antes de morir, me mandó a buscar. Yo andaba tras unos libros de la Biblioteca Municipal, por lo que sería cosa de la una de la tarde cuando llegué a mi casa. Mi madre me comunicó con premura el deseo de mi tío y conociendo su estado de salud y su impaciencia, me apresuré a ir a la pensión que para entonces ocupaba en la Calle Separación. Al verme, me sonrió y sin darme tiempo siquiera para sentarme, me dijo:

— Sobrino, ¿alguna vez oíste hablar de la Virgen de la Poza del Castillo?

Realmente, había oído hablar a uno que otro viejo de la barriada del prostíbulo más famoso que tuvo Puerto Plata a fines del siglo

pasado y principios de este y que, según muchos de ellos, todavía no había sido superado.

— He oído algo, le respondí.

Los ojos le brillaron con satisfacción. Se humedeció los labios y por un momento me dio la impresión de haber recuperado la salud perdida.

— Pues te voy a contar la verdadera historia de lo que sucedió con Angela Martínez, la causante de que se le llamara así a aquel lugar.

Tosió, arrugó la cara como si algo le molestara al tragarse y añadió:

— Quizás te sirva para un buen cuento.

Me dispuse a escuchar su relato, lo confieso, sin mucho entusiasmo. Estaba cansado por las muchas lecturas de la mañana, además de que mi tío nunca se caracterizó por decir cosas memorables. Pero, para mi asombro, a medida que fue hablando, me fui dando cuenta de que la historia si no era maravillosa, por lo menos era merecedora de que fuese escrita para la consideración de las generaciones posteriores que quizás la juzgasen perdurable.

Para el tiempo en que se desarrolló esta historia, Puerto Plata era un pueblo en el que apenas ocurría algo. Fuera de las revueltas por motivos políticos, de la muerte de unos y el nacimiento de otros, de los casamientos y las separaciones debido al adulterio de mujeres que luego debían de desaparecer para siempre de la ciudad, nada que valiese la pena sucedía.

Angela Martínez vivió inmersa en ese ambiente sin novedad de días y noches que se repetían al calco, como si a Dios se le hubiese agotado la imaginación, hasta que hubo cumplido sus quince años. Ella vivía con su madre, quien desde hacía cuatro años yacía postrada debido a una parálisis que le había inutilizado las extremidades y con su padre, quien trabajaba cargando y descargando goletas que venían de las islas vecinas, hasta cuando un mal que se le declaró en los riñones le hubo imposibilitado de realizar el más mínimo esfuerzo.

El mismo día en que ella cumplía sus quince años, él la mandó a que se vistiese de la mejor manera, que era lo mismo que decirle que se pusiese el vestido con el que iba a misa los domingos ya que saldrían a dar un paseo. El, por su parte, se afeitó, se baño, acicaló los botines de charol que tenía guardados para ocasiones especiales y se puso, también, su mejor ropa. Ambos salieron de la casa, caminaron toda la Sánchez sin dirigirse la palabra hasta llegar al pie del Fuerte en donde tomaron por un trillo que finalmente los condujo hasta una casona que se encontraba algo escondida entre unos altos almendros y, a la sazón, era casi totalmente desconocida, aunque ya poseía el inefable encanto de tener una excelente vista al mar, específicamente a lo que se conocía, desde tiempos inmemoriales, como la Poza del Castillo.

La casona estaba construida por una parte de madera y otra de mampostería. Estaba dividi-

da en varias habitaciones pequeñas y, en el medio, quedaba un pequeño salón adornado pobemente por flores de papel y que hacía las veces de bar. En él se sentaban los vivitantes a tomar ron y a comentar los pocos acontecimientos del día. En una de sus mesas se sentó Ramón Martínez y su hija y allí permaneció él tomando alcohol en un completo estado de mudez, hasta que hubo declinado el sol y le dijo a su hija, casi con brusquedad:

— ¡Venga!

Sin mirarle el rostro, la tomó de la mano y se dirigió con ella a una de las habitaciones.

— Ciérrela bien que siempre hay alguien que quiere saber más de la cuenta.

El comenzó a desvestirse sin mirarla todavía y así mismo le dijo:

— ¡Quítese la ropa!

Ella temblando y sin saber qué pensar, empezó a obedecer a su padre. Cuando hubo terminado, este la abrazó, la besó en la boca y ella, en medio del desconcierto, no logró localizar en ningún sitio de la memoria una experiencia semejante a esta con su progenitor. Más tarde, tirada en la cama, fue cuando sintió un dolor físico que le taladraba las entrepiernas y el más terrible aún de saber que el causante de todo aquello era nada más y nada menos que su padre.

Al terminar oyó cuando él le dijo, con la voz entrecortada por el dolor y quién sabe si también por la vergüenza.

—Con el tiempo comprenderás esto. Acabo de realizar el mayor sacrificio de mi vida y quizás el último. Esto ha sido terrible, pero la vida es aún más cruel. No olvides a tu madre.

La dejó allí y se fue renqueando, sin ni siquiera despedirse y se cuenta, que nunca la volvió a ver.

De aquel encuentro infausto, andando el tiempo, nació un niño. La madre, desde que se supo que estaba embarazada, determinó lo que haría con la criatura una vez naciera. Ese ambiente le parecía totalmente inadecuado para la crianza de alguien que en el futuro, pudiese ser un hombre o una mujer de bien. Así que, el día en que nació, se quedó contemplándolo durante largo rato. Era un niño, pero aquellos ojos, aquella nariz, la forma de los labios y la mancha rojo vino en la frente, eran suyos y se asombró de lo que veía. era su otro yo.

Esperó la noche, deseando vivamente que no llegara, lo abrazó y lloró largamente sobre él. Cuando llegó el momento, salió de su habitación, caminó varias calles sin percibirse de sus nombres y, finalmente, lo depositó frente a la puerta de una de las familias más prestigiosas de la ciudad, de la que nunca se supo a ciencia cierta cuál fue, ya que ni aún Gilda Betances, su única confidente, los conoció, ni ella jamás quiso hablar de ello.

Angela, en poco tiempo, llegó a ser una de las prostitutas más solicitadas de Puerto Plata y sus contornos y se cuenta que su fama de mujer

de placer llegó tan lejos que de las islas vecinas se fletaban goletas con hombres de todas las layas que venían con el único propósito de permanecer, aunque fuese una noche, junto a la mujer de cintura más fogosa que tenía el Caribe. Su nombre se expandió de tal forma, que nada más y nada menos que en Bagdag, alguien dejó escrito en una crónica de viajero, lo que había oído de boca en boca mientras estuvo de vacaciones en Veracruz: los goces inefables que experimentaba el que se ponía en contacto con aquella mujer.

Me enteré que uno de mis parientes, cuyo nombre me lo reservo por razones personales, se embarcó desde Grand Turk con la sola intención de medir fuerzas con aquella de quien se decía era capaz de derrotar a diez varones bien dotados de arrestos viriles y luego seguir como sin tal cosa, bailando merengues y sones durante todo el día, para luego repetir la misma hazaña la noche siguiente y de esa manera permanecer haciendo, hasta dar al traste con embarcaciones enteras.

Mi pariente, que era un hombre alto, musculoso y poseedor de una voz tan potente que hacía por sí sola temblar las casas, tenía ganada en su patria un nombre de chulo indomable. Allá, estaba al frente de un lenocidio en el que se ocupaba exclusivamente de la nada fácil tarea de desbravar las mujeres que eran traídas desde Nueva Guinea, con la finalidad de divertir a los pescadores de la zona que se quejaban de que

el aburrimiento no los dejaba dormir.

El llegó a la ciudad una mañana calurosa y en la noche se presentó en el bar y le dijo:

_Buenas noches, Angela Martínez.

Ella gratamente sorprendida, le respondió:

_Buenas noches y sin poder evitar una sonrisa de satisfacción, añadió:

_¿Cómo tan rápido aprendiste mi nombre?

_Eso es para que veas que ya eres una mujer del mundo.

Sin perder tiempo en ceremonias, ya que la experiencia en el trato de estas mujeres le había enseñado que ellas además de la vergüenza extravían el oído, le comunicó escuetamente el verdadero motivo de su visita.

_Vengo a ver si es verdad lo que dicen de ti.

Ella, aparentando interés, lo interrogó:

_Y ¿qué dicen de mí?

El le respondió en este tenor:

_Que eres invencible.

Momentos después, dentro de la habitación que ocupaba Angela, ambos se trataron en una lucha que vino a terminar cuando él, luego de unas cuatro horas de combate tenaz, pidió un armisticio.

Lo seguiremos mañana, le dijo.

Era una mentira y él más que nadie lo sabía, pero esperaba que esta argucia le permitiera abandonar el ruedo con algo de dignidad.

Aquí te estaré esperando, le respondió ella con una energía en la voz que acabó de desconsolarlo.

Este encuentro le costó a mi pariente varios días de cama, debido a unas fiebres de las que nunca se llegó a saber la causa exacta, pero que el doctor Polanco trató con diversos bebedizos presumiendo que eran producidas por una inflamación prostática. Además, fue menester someterlo a numerosos pinchazos alrededor del prepucio con la finalidad de liberar el glande que amenazaba ser necrosado por una parafimosis.

Hechos semejantes a este se repetían a cada momento y hacían que su nombre, como un huracán, corriera de un extremo al otro. Se cuenta que hasta el presidente Ulises Heureaux cayó bajo sus garras irresistibles y en una noche de amor que ha pasado despercibida para la historia, pero no para él que desde entonces no siguió siendo el mismo, le dijo:

— Si yo tuviera lo que tú tienes, sería presidente del mundo.

Muchos años después, cuando ya había perdido la sonrisa que había enloquecido a más de un honorable padre de familia y echado a perder más de un matrimonio, fue cuando Angela lo vio entrar. Le bastó solo un vistazo para identificarlo, debido a que durante toda su vida no había esperado nada con tanto anhelo. Ella, aunque se le había esfumado la juventud, no había ocurrido lo mismo con su aire de realeza y sus nalgas prominentes que aún se levantaban deslumbrantes, por lo que al sujeto no le fue nada difícil identificarla.

— A usted misma la ando buscando, le dijo.

— Pues me encontró, le respondió ella fingiendo indiferencia.

— Desde hace mucho tiempo la he oído mentar.

— Y ¿qué le ha parecido?

— Vine a probar su sazón, le respondió secamente.

Ella se empantanaba en el asombro, ya que no solo conservaba sus mismos ojos, su nariz, la forma de la boca y la mancha roja vino en la frente, sino que además exhalaba su mismo aliento. Al darse cuenta él de la forma en que lo miraba, le dijo:

— Nunca me enamoro de las putas.

Ella intentó sonreírse, pero le temblaron los labios. Le acarició el rostro y, que se recuerde, por primera vez le temblaban las manos al tocar un hombre.

— Es que conozco a tu madre, le dijo sin mirarlo.

— Pues mire que se equivoca, nunca la tuve.

Luchó por evitar que se le quebrase la voz.

— Excúseme, parece que lo estoy confundiendo.

El, la tomó por la mano, la atrajo hacia sí y le dijo casi rozándole los labios:

— No he venido a conversar.

— Y yo nunca me he acostado con un hombre, le respondió en el mismo tono.

El se sonrió y le dijo con sarcasmo en la voz;

— Pues hoy vas a perder la virginidad.

A ella le pareció estar nuevamente frente a su padre y oír cuando él le hablaba de lo cruel que era la vida, porque si bien es cierto que aquel oficio le había dado renombre, ahora le cobraba con excesos.

— Ni hoy ni nunca, le respondió, sin todavía atreverse a mirarlo.

El sacó un puñal reluciente de su cintura y se lo mostró.

— Tal vez este termine por convencerte.

Ella intentó zafársele de las manos, pero solo logró que él la apretase más aún.

— Por más que lo intentes no lo vas a lograr, le dijo ella mientras lo miraba fijamente a los ojos.

Si intensa fue la insistencia de él tratando de convencerla, mayor era la oposición de ella a no dejarse doblegar. El, finalmente, la arrojó al suelo y allí se llevó a cabo una pelea ardua, en la que nadie se atrevió a intervenir. Todos habían oído hablar de aquel hombre y sus numerosos crímenes y nadie se explicaba el porqué de la negativa de ella. Ahí tirados estuvieron largo rato. Ella empecinada en defender su virginidad y él por satisfacer un deseo suyo cuyo ímpetu hacía tiempo que lo había desbordado. Las diversas versiones de esta historia que luego escuché, incluyendo la de mi tío que murió unos días después, difieren en algunos detalles referentes a su vida, pero todas concuerdan en la forma de su muerte. Todas cuentan como él, cansado de luchar, terminó por cortarle el alien-

to de una sola cuchillada. Gery Gilbert, mi amigo de mucho tiempo, quien se presume de conocer al dedillo todo lo que ha ocurrido en Puerto Plata en la última centuria y quien sostiene que Angela viene todos los años en los días de San Juan a bañarse en la Poza del Castillo, al preguntársele si el matador llegó en algún momento a saber lo que había hecho, me respondió:

— No creo que lo supiese, ya que Gilda Betances, la única que pudo habérselo dicho, no quiso verlo jamás. Además, era de todos conocido cómo él se vanagloriaba de haberle quitado la vida a la única mujer en el mundo que vivió como puta y prefirió morir como virgen.

El Ciguapo

Seudónimo: El Conde

Nombre: José Durán Veras

La ráfaga de aire fresco entró por la ventana y de nuevo apagó la lámpara del viejo Eusebio, el cual pateó el suelo a la vez que decía.

—¡Pero caray, tendré que gastar la caja de fósforos entera para prender esta bendita lámpara!

— No sea bruto, Eusebio, cierre la ventana, se oyó la voz ronca de Basilio que, sentado en un banquito de tablas de palma, permanecía tranquilo fumando su cachimbo y pensando qué historia haría esa noche.

Eusebio y Basilio eran un par de viejos muy amigos. El primero, dueño de la pulperia y el otro, un contador de historias inventadas por él mismo que gustaban a las personas que allí acudían especialmente por la noche, cuando los parroquianos de aquel lugar pasaban algunas

horas por allá para jugar dominó y distraerse después de la larga jornada de trabajo del día. Allí también se dejaban escuchar, naturalmente, todos los comentarios de las cosas que sucedían en el lugar.

Como el tema de la ciguapa, que algunas personas aseguraban haber visto cerca de una cueva que quedaba junto a un cerro en la finca de Don Pedro. Este señor era un terrateniente del cual la gente no tenía comentarios negativos; en cambio, de su hijo Pedrito, sí que los tenían, ya que por ser hijo único, era un consentido y le gustaba hacer maldades a todo el mundo.

La gente le atribuía los robos y la matanza de animales por los que había sido acusado Tomás, el hijo de Juan María, uno de los hombres más serios y respetados del lugar. Juan María, a pesar de que era muy pobre, era muy honesto y así había criado a su hijo Tomás.

Al parecer, Pedrito lo hacía todo para que pareciese que lo había hecho Tomás; las pruebas lo habían condenado y fue a parar a la cárcel siendo inocente. La gente decía que Tomás le había ganado un gallo muy bueno a Pedrito y que luego Pedrito trató de comprárselo, pero Tomás no accedió y así nació el rencor de uno por el otro.

Desde la condena, por otra parte, Juan María evitaba hablar con cualquier vecino y si alguien lo saludaba, contestaba entre dientes y bajaba la cabeza. Era un hombre de mucha vergüenza y esta situación lo tenía destrozado.

Aunque sabía que su hijo era inocente y así lo pensaba también la gente del pueblo, nadie hablaba de ello, pues Don Pedro daba trabajo a casi todos los hombres disponibles del lugar y hacía favores a los más necesitados.

El capitán Cabrera llamó al centinela. Era un hombre muy recto, pero de gran corazón. A cada reo que ingresaba en la cárcel, él le hacía una larga entrevista para percatarse de quién era. Ya había conversado con Tomás y el muchacho le había caído muy bien. Le creyó lo que le había contado sobre su caso, pero él no tenía forma de favorecerlo, la justicia disponía y él hacía que se cumpliera.

— Tráigame a Tomás, ordenó sin titubear.

— Sí señor, contestó el centinela.

Al rato entró Tomás con una mueca de dolor en su cara.

— Buenas tardes, señor, dijo con mucha educación.

El capitán lo miraba por encima de las gafas oscuras que rara vez se quitaba, hasta que le preguntó:

— ¿Qué te pasa, Tomás? ¿Estás enfermo? El capitán, no obstante, sabía la respuesta a sus preguntas, sabía de la honda pena de ese joven que sufría su cárcel injusta con paciencia.

— No señor, contestó Tomás. Es que pienso cada momento en papá y no puedo evitar sentirme mal.

— Tomás, ¿no te gustaría hacer un trabajo para mí?

— Pero señor, yo solo sé trabajar con un machete la tierra.

Precisamente, es un asunto de tierra. Quiero que me ayudes a hacer una hortaliza en aquel lugar, dijo mientras descorría la pequeña persiana de su oficina y le mostraba a Tomás una porción de terreno lleno de piedras.

— Pero señor, ahí no hay condiciones. Eso es todo pura piedra.

— Sí lo sé, contestó el capitán, pero con un par de carretas de tierra negra y un poco de abono, eso se soluciona.

— ¡Ah sí, sí, contestó Tomás con cierta emoción, pues el estar sin hacer algo lo iba a poner loco; él estaba acostumbrado a trabajar de sol a sol. En realidad el capitán no estaba interesado en la hortaliza, lo hacía por pura compasión por aquel muchacho que ahora tendría la misma edad que su hijo y al que su experiencia y sicología intuitiva le decían que era totalmente inocente.

— ¡Pues manos a la obra!

— ¡Pero come algo, hombre de Dios!, le dijo Mariana a Juan María. ¿Es que tu has perdido la fe en nuestro Dios?

Mariana era su esposa. Una mujer de mucha fe, una mujer cristiana que aunque estaba molida por el dolor de lo que le ocurría a su hijo, pensaba que tenía que sacar fuerzas para consolar a su esposo. Intuía que él lo sentía más incluso que el mismo Tomás.

Juan María contestó como quien no escucha nada y da rienda suelta a sus pensamientos en voz alta..

—¿Qué hará a esta hora mi hijo? dijo con voz ausente..

Los gritos de los muchachos que subían por la cuesta, lo hicieron reaccionar Corrió sin titubear a la puerta del camino.

— ¡Lo vimos, Don Juan!, contestó jadeando el más grande.

— ¡Pero qué vieron!, preguntó Juan María con impaciencia y curiosidad.

— La ciguapa, dijo entonces el muchacho tirándose al suelo como quien no aguanta más estar de pie.

Era ya de noche Juan María miró a su alrededor como tratando de encontrarse con la mirada de algún vecino, para decirle que fuera a buscar ayuda o fueran a comprobar lo que todos creían sobre esa ciguapa.

El no sabía qué creer pero lo que andaba por allá de noche mataba algunos animales no para comer o para llevárselos. Solo los dejaba muertos, como si los ahogara, sin sangre. Al no ver a sus vecinos, pensó que al día siguiente haría una minuciosa investigación con los muchachos, por el sitio que ellos decían. Así se los dijo a los ellos que se fueron seguido a sus casas.

Al día siguiente, Juan María hizo lo que se había propuesto y comprobó sus sospechas cuando encontró las huellas de la ciguapa que

en contra de lo que afirma la tradición, no estaban al revés. Este descubrimiento aumentó más aún su interés en el asunto de los animales muertos, pues era la causa por la que su hijo estaba en prisión. Reflexionando, decidió reunir unos cuantos de sus amigos y les comunicó su plan. A los dos días, se fueron desde temprano en la tarde al lugar que era más frecuentado por la ciguapa y se escondieron hasta el anochecer. Todos estaban colocados en los sitios más estratégicos y armados precariamente con palos, machetes y una escopeta.

Era el primer día de la luna llena que comenzó a verse en medio de grandes nubes negras. Todos estaban silenciosos e impacientes, cuando de pronto se sintió un ruido entre las hojas y empezó a salir lo que provocaba ese ruido. Era una figura horrible con el cuerpo cubierto por largo pelo que llegaba de la cabeza a los pies. Se dirigía a dos chivitos que Juan María había mandado a amarrar temprano a unos alambres junto a la quebrada y que formaban parte de su plan.

Cuando la criatura estuvo a una distancia apropiada, todos atacaron a la vez. Juan María quería disparar su escopeta, pero los demás se lo impidieron pues se le habían adelantado y estaban alrededor del monstruo. Uno le dio con un palo, otro con una piedra, otro un largo tajo del machete que le arrancó parte de la cabellera. Como la ciguapa huía, la siguieron hasta una cueva al fondo de la quebrada donde la vieron

entrar arrastrándose de dolor. Antes de esto, sin embargo, Juan María había tenido la oportunidad de dispararle y, al parecer, le había acertado.

— ¡Traigan los jachos!, dijo Juan María. ¡Esta está cogida!

Mientras Toño buscaba luz, otros se fueron a avisar a la gente del lugar de lo que pasaba. En pocos minutos se juntó frente a la cueva casi todos los habitantes de los alrededores.; pero no fue hasta la madrugada que se atrevieron a sacar a la ciguapa o la masa de lodo, pelo y sangre en que se había convertido para entonces.

— ¡Está viva!, exclamó Eusebio, el dueño de la pulpería que también había acudido.

— ¡No me dejen morir!, se oyó entonces una voz agonizante que venía del monstruo.

— ¡Echenle agua!, pidió Juan María.

Un cubo de agua apareció rápido y cuando le quitaron un poco del lodo del rostro, todos se quedaron atónitos.

— ¡Dios mío!, es mi hijo. dijo Don Pedro con la voz presa de sorpresa y dolor.

En efecto, al quitar parte del disfraz, todos pudieron constatar que era Pedrito, que con los ojos desorbitados yacía en medio de todos muri-bundo.

— ¡Hábleme, hijo!, se volvió a escuchar la voz de Don Pedro estrangulada por la angustia.

— ¡Que no se vayan! Quiero confesar ante todos que yo fui el causante de todos los males que han sufrido y de que Tomás esté en la

cárcel. Les ruego que tengan compasión de mí y me perdonen.

Nadie respondía una palabra, Eran todos personas de buenos sentimientos, incapaces de desatar su rencor en un momento tan dramático.

— ¡Corran, hay que llevarlo al pueblo, al hospital!, dijo Juan María.

La noticia corrió por el pueblo como pólvora. Ya en los lugares más apartados la gente comentaba que habían agarrado al ciguapo que estaba matando sus animales. En la tarde, una gran parte de ellos se encontraba frente a la fortaleza para recibir a Tomás.

El capitán Cabrera se quedó parado junto al muro de la fortaleza, mirando como se perdían en una vuelta del camino toda aquella gente humilde, pero con un gran sentido de humanidad.

Estaba satisfecho de haber visto como a la postre brilló la verdad y la justicia. Dando media vuelta entró a la fortaleza y mirando hacia la hortaliza que marchaba como una bendición, exclamó entre dientes:

— ¡Qué valiosa y honrada es esta gente!

Basilio estaba muy callado esa noche, por lo que amigo Eusebio le preguntó:

— ¿En qué piensa, amigo?

— Pienso en si será verdad que las ciguapas existen...

Mirando al cerro por donde asomaba en ese momento la luna llena, se encogió de hombros y añadió en voz baja.

— ¡Solo Dios lo sabe! ..

Mi Hijo no va ha ser Gringo...

Seudónimo: Bheyda
Nombre: Francisco Lugo

No hay día en que las páginas de los periódicos no llamen la atención sobre el deceso de alguien importante. Un día como hoy no podía ser excepción. De que fuera el nombre del Presidente de la República que destacara en las páginas necrológicas, no variaba en lo más mínimo, el sentido de rutina con que ya leía el periódico todas las mañanas.

El señor Roa le dió tanta importancia a los detalles de la muerte, como a la confirmación del suicidio. Por primera vez, leyó con toda atención y hasta el final el editorial del diario.

Dejó a un lado el matutino para rumiar lo que había leído. Se quitó las gafas de media luna que usaba para leer y nada más. Miró a su

esposa que escupía por tercera vez sobre el piso de mosaicos grises y no se pudo silenciar el comentario zumbón.

— ¿Por qué no buscas una bacinilla y la pones encima de la mesa?, dijo.

— ¡Búscala tú!, le constestó Rosa con una mirada oblicua y la cara abotargada por los malestares.

— ¡Ojalá que los hombres parieran, para que sepan lo que se siente!...

— No quise ofender, se disculpó, es que no soporto verte escupir tanto.

— Hablemos de otra cosa, ¿viste como terminó Guzmán?

— Sí, lo estaba leyendo y me da pena... era uno de los pocos hombres serios de este país, dijo Marino con evidentes muestras de disgusto en la cara. Tomó aire como para un discurso y añadió:

— Además, tenía cojones...

— Fue un tonto, replicó Rosa, no debió matarse.

— ¿Cómo que un tonto? ¿Qué querías que hiciera, si su misma familia lo jodió?, alzó la voz Marino y resultaba evidente que el tema lo molestaba.

— Eso de su familia son calumnias, dijo Rosa volviendo a escupir.

— Además, en este país con cuartos todo se arregla y si se mató por vergüenza, peor Entonces fue bruto dos veces.. terminó de decir escupiendo por quinta vez casi con rabia.

El ruido de los aviones que pasaban muy bajo fue lo que dio fin a la discusión, no sin antes Marino apostrofarle a su esposa un.

_No sé por qué me casé contigo si eres una reformista.

Esa coletilla hizo reír a Rosa por primera vez en el día y le mandó un beso a su marido por encima de la mesa, por encima de los panes de agua con mantequilla al lado de su taza de chocolate. Era así que terminaban siempre sus pleitos de política o de lo que fuera. El primero que se reía era el que abandonaba el campo de batalla, cosa esta que era Rosa quien casi siempre lo hacía.

Eran dos personas muy diferentes. Ella, hija de dominicanos emigrados a Nueva York en los tiempos de la depresión de los setenta. Había vivido desde pequeña en “los países”, como le gustaba decir para revolver la bilis a Marino. El, por su parte, había estudiado en la UASD la carrera de agronomía y solo había salido del país en planes de estudio para visitar Cuba y la Unión Soviética.

Quizás fue por esto, por sus distintos tipos de educación y de sociedad que se enamoraron en una tarde de calor, amodorrados en la ondulación serpenteante de una fila del consulado americano. Hablaron por tres horas y veintidós minutos de todo lo que pueden hablar dos personas, que por contrarios, se atraen y por humanos, se rechazan. Lo paradójico fue que a ella le renovaron el visado y a él, que solicitaba

por primera vez, lo envolvieron de tal manera haciéndole preguntas y pidiéndole papeles inverosímiles que antes de que el cónsul en su "spanglish" pocilguero le dijera que volviera dentro de tres meses para estudiar nuevamente su caso. El le estaba mentando la madre, para sus adentros a todos los que se arropaban bajo un lienzo de barras y estrellas.

Marino nunca más volvió para el consulado, quemó en una pira de cenicero del Café Roxi los últimos vestigios de su tentativa domínico-americana, buscó trabajo en lo que quisiesen emplearlo y lo consiguió en una transnacional minera que le pagaba muy bien para ayudarlos a robar las riquezas de su tierra; pero a él, en ese momento, no le importaba. Tenía los ojos y su cerebro en la novia que se llamaba Rosa, que le llamaba todos los sábados a las seis para darle los últimos toques a su casamiento.

Cuando Marino hubo leído la noticia del suicidio del presidente, Rosa tenía tres meses de embarazo y los malestares propios de la primoriza. Habían pasado un año y unos meses desde que se casaron y todavía tenían el suficiente amor para tratarse con cariño, aunque discutieran en forma regular.

Marino trabajaba de una forma casi mística. Su amor por el trabajo que realizaba le había valido el nombramiento de encargado de su grupo, con los consiguientes privilegios y "sta-

tus" que conllevaba. En realidad era un hombre bueno, querido por todos, que adoraba a su mujer y no tenía amigas ni queridas como era la costumbre de los empleados de esa empresa.

Tenía un solo amigo al que se le podría llamar íntimo. Era Joselo, el hijo del capataz de la mina, que laboraba como instrumentista y tenía una tiendecita de ropa en su casa. Rosa lo trataba como si fuese un hermano, por lo sencillo que era su trato. Además, era difícil encontrar un hombre joven con la madurez que reflejaba Joselo. Es así que sin quererlo se fue convirtiendo en una especie de referi o moderador cuando surgió el problema que dividió a la pareja en "partidarios" seguidores de dos corrientes de pensamiento totalmente opuestas e irreconciliables. Al otro día de la muerte del presidente, a la hora de la cena a la que Joselo estaba invitado, se tocó el tema que desató la tormenta.

Joselo se estaba refiriendo a lo grande que estaba la barriga de Rosa, que solo en tres meses se había puesto casi del tamaño de un embarazo de seis.

— Si sale a su papá, nacerá de más de diez libras, apuntó Marino con aire de orgullo en la expresión.

Digamos que va a matar a su madre si sigue llevándose el record de su papá, ripostó Rosa a la predicción de su marido.

— Yo nací de doce libras y cuarto y no maté a nadie, comentó Marino con sorna..

Marino cree que los muchachos deben ser

hombres desde que nacen, dijo Rosa y miró a Joselo como buscando su apoyo.

— No vayan a discutir por algo para lo que faltan seis meses, medió Joselo tratando de ser neutral en el pleito que ya se veía venir.

— Precisamente de eso hay que hablar, Joselo, de esos seis meses que faltan que no los voy a pasar aquí. Me iré a casa de mi mamá en Boston, para dar a luz allá. Claro, si Marino no tiene inconvenientes..

¡Claro que los tengo!, exclamó Marino. ¡Tú no vas para ninguna parte! ¡Un hijo mío no va a ser gringo!

Se iba acalorando a la vez que el tono de voz subía.

— ¡Además, no me lo habías consultado!, ¡qué te crees, que estoy pintado en la pared!

Se había puesto rojo de indignación.

— Si sacas un pie de aquí, me divorcio. ¡Solo eso me faltaba, un hijo que tenga a mi país como un hotel y que pague impuestos por estar allá!

— ¡Cálmate Marino, hombre, no es para tanto, intercedió Joselo apaciguando los ánimos.

— Por más que grites, mi hijo va a nacer en “los países”, querido Le voy a asegurar un futuro desde que nazca... ¡Además, tu te pones así porque te negaron la visa por comunista.

Esa fue la gota que rebosó la copa Marino con la cara congestionada por la ira, se paró de la mesa tirando la silla. Ne se dignó en dirigirle la palabra y, menos aún a Rosa. Salió de la casa dando un portazo que a ambos les pare-

ció un temblor.

— Actuaste mal y lo sabes, dijo Joselo a Rosa con enojo. No debiste decir eso. Es ofensivo y ruín para un hombre que te adora.

— Sí, pero es que no me comprende.

— ¡Eso es falso! Tú no lo comprendes a él. Mírate como estás, en vez de apenarte crees que has tenido un triunfo. Eso es malo, muy malo para un matrimonio.

— Hazme el favor de no sermonearme. Yo soy grandecita, dijo irritada Rosa.

— No lo hago Rosa, pero quisiera. Me voy Gracias por la cena y la pelea.

No seas cínico y no te vayas. No soportaría ahora quedarme sola.

Joselo sintió que debía quedarse y se quedó sentado mirando incómodo a su anfitriona.

— Vamos a hacernos un favor, no hablemos más de eso y tomemos un café, dijo ella.

Cuando después del café Joselo quiso volver al asunto, encontró en Rosa una firme negativa. Era como si le gustara lo que pasaba y Joselo no llegaba a entenderla. Al retirarse a su casa a las once de la noche, tenía el corazón lleno de tristeza y la seguridad de que Marino no iría a su casa a dormir esa noche.

El comedor de empleados se distinguía, como en muchas empresas, por su disciplina casi militar. Incluso el ambiente predisponía, pintura de aceite en las paredes, piso de cemento pulido, unos ventiladores de techo girando a

baja velocidad y unos tubos de guía desde la puerta de entrada hasta el mostrador de la comida.; lo mismo a la salida. El comedor en sí, era un salón casi cuadrado con mesas rectangulares con el tope de formica y los bancos fijos al suelo Saleros y azucareras sujetos con unas cadenitas al centro.

Exactamente quince minutos después de haberse encuchado el silbato que indicaba la hora de comida, Joselo entró al comedor y la primera cara que vió fue la de Marino. Parecía que estaba buscándolo. Tenía puesta la misma ropa que la noche anterior. Después de recoger cualquier cosa para comer en el mostrador, Joselo fue a sentarse junto a su amigo.

— No te lo comas que es de ayer, dijo Marino con tono mediode broma.

— ¿Y tú como lo sabes? Rosa te mandó ayer tu cantina y hoy también.

— ¿Y tú como sabes eso? preguntó completamente serio Marino.

— Porque Juancho, el que la trae, me las entregó a mí de parte de Rosa. Ella sabía que tú no las ibas a recibir.

— Y no se equivocó. Después de lo que me dijo y de cómo me lo dijo, me parece que estoy casado con otra persona.

— Yo lo que creo es que los dos están tomando esto muy a la tremenda. Ninguno de los dos quiere transigir con el otro. Tu no quieres que ella dé a luz en los Estados Unidos y ella no quiere dar a luz aquí. No discuten amiga-

blemente el problema y encima de eso se insultan, hablan de divorcio y se ponen en una actitud infantil.

Marino no respondió. Sabía que su amigo tenía razón, no debió exaltarse tanto.

— Te quiero pedir un favor, Joselo. Ve esta noche a casa, no para discutir, no temas. Quiero que estés presente y mantengas la neutralidad en la conversación que quiero tener con Rosa. De eso depende nuestro matrimonio, dijo Marino muy serio.

— No lo tomes tan a la tremenda, insistió Joselo.

— No es asunto de tomarlo o no a la tremenda. Es un asunto de vergüenza. Yo tengo mis propias ideas y, buenas o malas, son mías. No quiero que un hijo mío no pueda disfrutar del orgullo de llamarse dominicano. Además, Rosa no puede tomar una decisión sin consultarme antes. Por otra parte, eso de que no me dieron visa porque soy comunista, es un golpe bajo, tú lo sabes Joselo.

— Sí, ella no debió de hablar así; pero tú, Marino, debes perdonar.

Empujando el plato con una mano y parándose de la mesa, comentó:

— Un día de estos nos van a envenenar.

— Entonces, ¿vas esta noche?

— Sabes que sí, ¿qué no haría yo por ustedes? Pero, recuerda, ¡nada de peleas!

— Sí, hasta las siete, dijo Marino mientras salían por la puerta del comedor.

Faltaban cinco minutos para las siete, cuando sonó la campanilla del timbre. Rosa fue a abrir y se encontró en el umbral a Joselo. Lo invitó a pasar después de saludarlo sin mucho entusiasmo, por lo que él coligió que algo había pasado.

—Y Marino, ¿dónde está?

—Tú lo sabes mejor que yo. No lo he visto desde anoche. ¿No le diste su cantina hoy? ¿Le pasó algo?

—¿Cálmate mujer?, sonrió Joselo. El fue quien me invitó a venir. Lo que me extraña es que no esté aquí. A propósito, me dijo que íbamos a hablar los tres del futuro, de tu hijo y de los malos entendidos..

—¿De los malos entendidos?, rió Rosa burlonamente Mejor dirás de sus pretensiones de macho bruto.

—No empieces Rosa. Esa lengua tuya te va a causar problemas. En ese momento sonó nuevamente la campanilla...

—Ahí llega el macho, macho.

Marino entró a la casa, saludó a Joselo y a Rosa, entregándole un paquetico que llevaba en las manos. Ella lo aceptó con cara seria, mientras se secaba una lágrima que le resbalaba por la mejilla con la manga de la bata.

—Bien y ahora que estamos todos, ¿que tenemos de cena?, dijo Marino.

Rosa contestó que les esperaba una sorpresa, porque había hecho los canelones rellenos que a Marino tanto le gustaban.

— Creo que tenemos algo que conversar, dijo Joselo, aunque yo no voy a interceder por ninguno de los dos.

— Creo que el melodrama nos viene mal. dijo Rosa.

Marino la interrumpió diciendo:

— Además es sencillo lo que hay que decir y hacer. Para pedir excusas y quedarse aquí. para que un médico dominicano traiga al mundo a otro dominicano, como debe ser. Porque yo me siento orgulloso de haber nacido aquí y quiero que mi hijo nazca aquí. Yo le aseguro un futuro con mi esfuerzo y mi trabajo, dijo Marino casi sin respirar..

— Si puedo opinar, creo que has sido claro, Marino. Rosa por su parte, estoy seguro que se arrepiente de lo que dijo en un momento de calentura. Ahora bien, Rosa debe exponer su punto, ¿no es así?, dijo Joselo.

— Ustedes creen que de verdad yo voy a dar a luz aquí? Un país donde no hay luz, en que los médicos son casi veterinarios. . Marino es el que no quiere reconocer la ventaja de que el niño nazca en el país más poderoso del mundo y en donde su salud y la mía están garantizadas. Es tu problema político Marino, que no te deja reconocer la ventaja y nosotros debemos decidir por su bienestar .Su tono se iba suavizando mientras hablaba, hasta que terminó sentándose a la mesa.

— Un momento, Rosa. ¿Quéquieres decir con mi problema político?

— Me refiero a tus creencias y a la forma en que reaccionas. Tu llevas tu anti-yankismo a un extremo ridículo. Y no te ofendas, solo digo la verdad. Mira Marino, Joselo se ha empeñado en ser mediador entre nosotros, cosa que me parece tonto porque somos gente adulta y tenemos que arreglar las cosas como gente adulta entre nosotros.

— Eso me parece muy bien, yo fui quien le dijo a Joselo que viniera, pero solo para que no llegáramos a los extremos que llegamos anoche, porque son ofensivos.

Se paró de la mesa, fue a la cocina y regresó con un vaso en la mano y una botella.

— Y ¿qué vas a hacer ahora? ¿Vas a brindar con la concurrencia o solo te vas a emborrachar? ¡Es obvio que no puedes discutir de algo serio sin un trago!

Rosa estaba enfurecida, le quitó la botella a su marido de las manos y la estrelló contra el piso. A Joselo no le dió tiempo para parar lo que venía. Marino lleno de ira tomó a María por un brazo y la lanzó al piso, todo como un relámpago. Joselo gritó y Marino en un instante reaccionó y se abalanzó sobre su mujer sollozando.

— ¡Dios mío, que he hecho! , Rosa... Rosa..

Rosa no respondió, había caído de costado y estaba como desmallada. Joselo trataba de levantarla y cuando lo logró vió que un hilillo de sangre se había colado de su bata y había manchado el piso.. Joselo miró a Marino como nunca más volviera a mirarlo.. con pena.

Habían pasado dos años desde que Rosa había perdido su hijo por causa del lamentable suceso; detenido Marino, fue sentenciado a tres años por homicidio involuntario, Rosa se había divorciado de él, había ido a vivir una temporada con sus padres como para olvidar el infierno de amar a un hombre que era el responsable de la muerte de su hijo. Fue un miércoles en la mañana cuando al apartamento de los padres de Rosa llegó un hombre procedente de fuera, venía con algo más que flores en las manos, venía con una intención definida... y ese hombre no era desconocido, ese hombre se llamaba Joselo.

Al abrirse la puerta, Joselo no supo qué decir; parecía como si la lengua se le hubiese perdido en la boca. La señora que le abrió no tardó en hacer la pregunta que ella no podía satisfacer.

—¿Qué desea? —La preguntó con brusquedad.

—Ando buscando a ... Rosa .. Rosa Cabral, vive aquí?

El nerviosismo de Joselo era evidente, para suerte suya, la señora Marielena fue quien abrió la puerta (Marielena era la madre de Rosa) y no tardó en reconocer la cara que tenía frente a ella, como el hombre que tenía su hija en una foto recortada -evidentemente de una más grande- pegada a su monedero.

—¡Si hijo, es aquí! —Contestó la señora con visible emoción.— ¡Si pareces un muerto, ánimo hombre!. A Joselo le extrañó ese recibimiento y

sólo cayó en la cuenta de quién la hablaba cuando la señora llamó a su hija.

—¡Joselo, Joselo. no lo puedo creer!, ¿qué haces aquí?, ¿cuándo llegaste?

Las preguntas no dejaban de brotar de una boca que se ocupaba de dar besos sin discriminación.

-Te contestaré, ahora te busco a tí. Llegué esta mañana y no me iré hasta que digas que te casas conmigo!... Ya estaba dicho, las palabras amontonadas que habían dado vueltas en su cabeza, habían sido disparadas como una flecha. Rosa dejó de reír, su madre se excusó y con un pretexto que nadie oyó se fue a la cocina. Cuando su madre se hubo ido, Rosa dijo:

—Dime que no es verdad lo que acabas de decir, ¡dímelo, Joselo!. No puedes traicionar una amistad tan grande por un capricho, tu...

No pudo continuar, las lágrimas fueron más elocuentes que las palabras y Joselo comenzó a comprender que tal vez había cometido un grave error.

—Rosa no llores, no debí decir eso.. mejor dicho, debí avisarte antes, perdóname no llores, dí que me perdonas. Rosa. Joselo no sabía qué decir, había forjado planes, se había creado un mundo de ficción donde Rosa era su heroína.

Rosa, después del dolor que le causaba la declaración del hombre que siempre había tenido como amigo, como casi un hermano, se sintió abatida. Vinieron a su mente todo lo que había

pasado en cuatro años y dos meses, desde que buscando un visado que para ella era normal, se encontrara con el hombre que por causa de no haber obtenido lo que buscaba, había atentado contra la vida de lo que más necesitaba en este mundo: su hijo. Ahora después de un matrimonio desecho y un divorcio a cuestas, Joselo el muchacho bonachón que había tratado como a su hermano, se le revela como lo que era. un vil traidor.

—Vete Joselo, por favor vete, y olvídate de mí. Lo que acabas de hacer fue más cochino que lo que hizo Marino, el fue víctima de su ira y paga hoy un precio; pero tú, no tienes perdón, no consideras lo que ha pasado para venir aquí, demasiado lejos, a humillarme con una propuesta torpe, vete y por favor y no vuelvas.

Rosa hablaba con pasión, sus ojos habían adquirido en un instante, la vejez de muchos años, Joselo no pudo o no supo reaccionar sólo dijo:

—Adiós Rosa, perdóname, yo creí que...

—Sé lo que creíste, y eso es lo que no te perdonó, que te equivocaras conmigo.

Al terminar Rosa de hablar, fue hacia la puerta y la abrió, Joselo comprendió muy bien lo que aquello significaba y por un momento le pasó por su confundida cabeza que envidiaba a Marino; que siempre lo había envidiado y que cuando pasó la desgracia del niño el había estado deseándolo inconscientemente. Quizás había propiciado aquello Podía ser que sus pen-

samientos habían tomado forma monstruosa y acabado con la vida de ese niño en un acto irracional de Marino, quizás la mente que guió la mano que dió el empujón mortal, quizá habría sido la suya. Quizás él, al igual que Marino, no deseaba ese niño si tendría que nacer en una selva monolítica de cemento, porque él tampoco quería que su hijo fuera gringo.....

El Valiente

Seudónimo: Quevedo el Grande

Nombre: Juan Robles

La tarde cae lentamente, gruesos nubarrones presagiando lluvia sobre las lomas de Yamasá. Fello Valdez permanece inmóvil sobre una enorme piedra arrimado junto a su casa, talvez pensando quién estaría hablando mal del "Jefe"

Seguía sumido en sus pensamientos cuando una voz femenina lo hizo reaccionar.

- Buenas tardes don Fello, qué piensa uté. Era la voz de doña Rosa Fabián que marchaba hacia el arroyo en busca de un cántaro de agua.

- Toy pensando en la orden que me dio el Jefe. El quiere que se le venda toa la tierra de la sabana y ute sabe que a Trujillo hay que oirlo por la buena o por la mala y el sargento Ramírez viene el sábado pa que le den el precio.

- Bueno Fello, pero eso si ta jodón, porque en la sabana e que ta la mejor tierra de Yamasá y

donde se dan la cosita que uno vende pa mantereise.

El escuchar aquellas palabras desafiantes de doña Rosa, mujer decidida y de carácter enérgico, Fello, que era un hombre de mirada dura, blanco y corpulento, se puso de pie diciendo con profundo acento:

- Mire doña Rosa, hace diez años que soy alcaide aquí y nunca e hablao cosas de hombres con mujeres, así que siga pal manantial. Puede irse ahora y dígale a su marido Antonio o al "Valiente", como le dicen, que tengo un mensaje para él y para los otros que tienen tierra en la sabana, que son órdenes del "Jefe"...

Doña Rosa comprendió que era inútil seguir hablando con aquel individuo que demostraba sentirse bien atropellando o intimidando a los vecinos de ese campo.

- Bueno don Fello, tá bien yo se lo digo; pero sepa que mi marío Antonio será el "Valiente", pero en el lugar uté etá como el "Chivato"

La lluvia comenzaba a caer a plomo sobre el campo mezclándose poco a poco con la lenta llegada de la noche. Rosa entró en su casa donde Antonio Ortega, el "Valiente", le esperaba ya con un niño de apenas siete años de edad.

Valiente era un hombre alto, oscuro y de carácter tenso de unos cuarenta y cinco años de edad. Sus gruesas y ásperas manos acariciaban tierna y cálidamente los cabellos de su pequeño

hijo cuando Rosa llegó cargada con el cántaro de agua.

-¡Carajo, Rosa! ¿Por qué te tuviste tanto?

Ella, interesada en dar esa respuesta, le contestó:

- No querrá tu sabei Antonio El alcaide Fello tiene otra nueva contra tó nosotro..

Al oir hablar del alcalde, Valiente perdió un poco de interés en lo que su mujer le había explicado y solo se limitó a decir:

_ Yo creía que era de otra cosa que tu me ibas a hablar, pero de ese "Chivato" tu sabes que yo no le hago caso.

Rosa, para despertar mayor interés en su esposo, exclamó con más firmeza.

- ¡Que no le haces caso! Entonces tú no te vas a dejar quitar la tierra.

Antonio, ahora con vivo interés. preguntó confundido:

- ¿Qué tierra e que tu dices mujer?

- ¡Cuál va a ser, Antonio! La que tu tienes en la sabana.

- El alcaide me dijo que Trujillo quiere toa la tierra de la sabana y que el sargento Ramírez viene el sábado a buscar el precio.

Antonio Ortega, el "Valiente", se había puesto de pie mientras Rosa hablaba. Frío, pálido, confundido, sus palabras sonaron un poco vagas cuando exclamó:

- Me la quitarán, pero el "Chivato" y el sargento Ramírez me tendrán que matar primero, Rosa. Te lo juro.

- Ahora mismo voy a hablar con el "Pinto" y con Román pa vé lo que hacemo.

- No, exclamó Rosa. Deja eso pa mañana. No saiga eta noche de poi Dio, Antonio. No saiga y deje eso pa mañana temprano.

Antonio se asomó a la puerta que daba al camino mirando hacia la extensa sabana cubierta por la lluvía que caía incesante.

- Sí Rosa. Tienes razón. Mañana temprano les avisaré. Sí te digo una cosa, yo mi tierra no la doi ni la vendo a ningún pendejo y si quieren hacerme fuerza, sabrán quien es Antonio, el Valiente.

De mañana muy temprano, Antonio llegaba a casa del Pinto con quien compartía también los mejores terrenos de la sabana.

- Buen día, Pinto. Dijo secamente.

Pinto saboreaba un aromático café que él mismo había preparado, pues vivía solo. Era un hombre de piel rojiza y muchas pecas en el rostro y los brazos. Corpulento y con la mirada humilde de muchos hombres de campo. Respondió al saludo de Valiente con una sonrisa y luego añadió:

- Qué hai Valiente y tú tan temprano por aquí. Será que ta contento por eta agua de anoche. Tu maí se etaba secando. Yo tambiéntoi contento poique lo plátano mío se taban doblando con la seca.

Antonio miró con furia contenida hacia la sabana, al tiempo que contestaba.

- No ombe, Pinto, no e eso. Vengo a avisate a tí y a Román que nos van a quitai la tierra.

- Tu tá jugando, Antonio..

- No, e en serio, Pinto. El sargentu Ramírez y don Fello, el alcaide, tan en eso Dique por oiden del "Jefe", pero yo no creo eso. Tiene que sei pa ello cogeisela, poique a Trujillo no le interesa eto pa ná y dique vienen mañana sábadu pa que le demo el precio.

- ¿Qué tu piensas, Pinto?

- Que no jodimo, Antonio. Con esa gente yo no sé, pero no quiero perdei la má vieja..

- Tu tiene miedo, Pinto A mí hai que mataime; así que tu dime que va a hacei..

Pinto se puso de pie confundido, nervioso y hasta temeroso.

- Yo no ago ná. Que se la cojan. Román tu sabe que vino de Monte Plata con fiebre mala...

- Bueno Pinto, tu tá muy pendejo. Vete de aquí hoy y llévate lo plátano que puedas. Yo voi pa donde el alcaide.

Ya el sol comenzaba a tenderse sobre la sabana y la neblina causada por las lluvias de la noche anterior comenzaban a desaparecer.

Antonio Ortega, el Valiente, montaba su caballo rumbo a la casa del alcalde. Al llegar se sorprendió de encontrar allí al sargento Ramírez y una patrulla que lo acompañaba.

- Saludo, alcaide. Dijo mientras desmontaba del caballo.

El alcalde lo miró, seguro de la causa de su visita.

- Cómo etá uté, Antonio. Lo etaba eperando.. Yo supongo que ya sabe poi qué.

- Sí, ya lo sé y vengo a decile que yo no vendo mi tierra poique de ahí e que yo mantengo mi familia.

Don Fello sonrió burlonamente:

- Ta bien, Antonio. Entonce habla con el sargento Ramírez que yo hablo con Trujillo si e necesario.

Fue el momento en el que el sargento Ramírez aprovechó para entrar en la conversación diciendo:

- Nosotros somos Trujillo poique venimos en su nombre Yo venía el sábado, pero vine hoy pa decile que tienen que comenzar a coger eso fruto ahora mismo, lo que etén de provecho, porque del lunes en adelante ya eta tierra e del Jefe. Así que deno una repuesta hoy a las doce del día, pa quel Jefe sepa en qué se quedó.

- No sargento, se la voy a dar ahora y e que no la doy Dígaselo a Trujillo y dígaselo al diablo mismo.

El desafío de Antonio, el Valiente, puso al sargento furioso, pero se controló.

- Tá bien, señor, diga lo que quiera, pero si pal lune usted etá en esa tierra, va a parar a "La Cuarenta", por guapo o por pendejo. Y vállase de aquí que se etá hablando cosa de autoridad...

Con ademanes serenos y decididos, Antonio montó su caballo y dijo:

Alcaide yo creía que era un aicaide de verdá, pero uté e un "Chivato" Y uté sargento

Ramírez sepa que el lune el Valiente va a estar en la sabana al acecho.

El sargento se volvió hacia los guardias que lo acompañaban y gritó con ira.

- Me tá amenazando; muchacho, ¡háganlo preso!

Pero ya era tarde, porque Antonio había clavado las espuelas en su caballo y se perdía en el camino.

- ¿Qué hacemo con ete hombre, alcaide?

- Hacelo preso, porque si no, nadie le quita su tierra y puede hacernos un escándalo y darse cuenta que to eto son cosa nuestra pa quedarnos con la sabana. Sigamo de patrulla que en la noche le echamo mano en su casa.

Sin pensarlos dos veces, el alcalde, el sargento y los guardias se lanzaron en persecución de Valiente que al llegar cerca de su casa comenzó a dar voces:

- Rosa, ven...

Al escuchar la voz alterada, Rosa se asomó a la puerta y respondió:

- ¡Qué pasa Antonio!

- Julle vete en el caballo con el niño que le dije de tó al alcaide y seguro vienen por ahí a buscarme.

- No, Antonio. Yo no te dejo solo.

- Vete Rosa que yo sé lo que hago. Vete pal Ozama, pa donde tu tía Herminia y dile lo que etá pasando. Vete que yo cierro la casa. ¿Dónde etá el niño?

- En la cocina.

Antonio a toda prisa cruzó la casa, tomó al niño en sus brazos y sin mediar palabras lo llevó donde Rosa que esperaba montaba en el caballo.

- Vete pronto que yo también me voy cuando deje todo eto arreglado.

Después de despachar a su pequeña familia, Antonio se dirigió rápido a casa del Pinto que en ese momento salía para el conuco.

- A onde va, Pinto.

- Pai conuco, a recogei lo que pueda.

- No salga ahora que seguro el alcaide viene a bucaime poique lo amenacé junto al sargento.

- Ta feo eso, Antonio. Vállase de Yamasá.

- Yo ni muerto me voy de aquí, poique esta tierra no la doy, Pinto.

- Yo tampoco doi la mía, pero tampoco quiero perder la vida.

Un murmullo confuso de varios hombres se escuchó por el camino. Esto hizo que ambos hombres reaccionaran con celeridad.

- Pinto, me voy a econder al soberao. Ya sabes. Díles que me fui de Yamasá con mi mujei y mi hijo.

- Ta bien Antonio, pero vete pronto que te agarran.,

El Pinto simuló arreglar la montura que lo llevaría al conuco cuando los hombres que acompañaban al alcalde se le acercaron.

- Pinto., gritó el alcalde

- ¿Qué pasa, alcaide?

- Tu debe saber lo que pasa Seguro Antonio te dijo.

- Sí pero yo no toi de acuerdo con ei.
- Más te vale, Pinto. Dijo el Alcalde.
- Tu no lo ha vito por ahí.
- Hace rato lo vi pasar en ei caballo. Iba con su mujei y su hijo dique pá Maimón. No se quiso parai.

El Alcalde miró fijamente el Pinto y luego al sargento, al cual dijo:

- Sargento dígale a este hombre que también tiene tierra en la sabana, lo que hay pa ello.

- Sí Alcaide.

- Mire Pinto, esa tierra ya no e de utede. Ya de esa tierra sabemos el Alcalde y yo por orden del Jefe. Si no le gusta, dígalo ahora pa que no acompañe a Monte Plata o a la "Cuarenta"

El Pinto se llenó de temor al oir al sargento expresarse de esa forma. Por encima de todo era un hombre temeroso y cobardón, pero por encima de su miedo, se atrevió a preguntar:

- Y ¿quien se queda con la tierra, utede o Trujillo?

- No tiene que saber nada, eso lo decidimos nosotros.

- Y dígale al tal Valiente que si e verdad que él e guapo que entre otra vez a la sabana que el alcaide tiene orden de lo que va a hacer.

- Sargento, tírele su animale hoy mismo a tó lo que etá sembrao y quien entre en eta tierra, hágalo preso sea quien sea.

- Y uté, Pinto, ahora le soltaré toa mi vaca y el primero que se va e el maí del Valiente. Luego va lo suyo. Dijo burlonamente el Alcalde

Todas aquellas órdenes y brabuconerías fueron escuchadas por Antonio, quien oculto en el soberao, esperaba que aquellos ladrones de tierras se marcharan. Por su cabeza solo pasaba un pensamiento fijo: ¡Prepárate alcaide que ese sargento se va!...

Dos días habían pasado desde que las vacas del alcalde fueran soltadas en las ricas tierras de Antonio y el Pinto. No así las de Román, que solo tenía hierba.

Desde lo más alto de la montaña, Antonio miraba la desolada llanura fértil, donde ahora solo reinaba el desastre. Solo el machete bien afilado le quedaba para talar en otro lugar en donde no llegara la envidia del alcalde, ni la altanería del sargento prepotente.

Mirando fijamente el machete, Antonio pensaba:

- Tu y yo no podemos peidonai eto.

Jamás en tres días se supo de Antonio, el Valiente. Por las casas y los parajes. Quien lo hubiera dicho, decía la gente, le quitaron la tierra al Valiente. No a Pinto ni a Román, al Valiente. Se impuso la prepotencia y la envidia del alcalde apoyado por el sargento Ramírez, sentenciaban.

Don Fello parecía estar contento celebrando en el colmado del viejo Agustín, donde unos cuantos se juntan para hablar de cuanto ha ocurrido en el paraje.

- Traiga la otra Agustín y no se apure que aquítoi yo..

- Y yo también, exclamó la voz varonil de Antonio.

- ¿Qué quiere?, preguntó con voz débil el confundido y temeroso alcalde.

- A uté e lo único que quiero. El que no té en eto que se quite.

Antonio tenía en la mano el filoso machete dispuesto a lo peor.

- Antonio, pero uté ta loco.

- No alcaide, lo que toi e loco por matai un ladrón de tierra y limpiar a Yamasá de un Chivato y calié.

El alcalde estaba arrinconado y solo portaba un puntiagudo puñal. Se llevó la mano a la cintura, pero era tarde Antonio, de un salto, le trozó de un solo tajo el brazo derecho.

- No Antonio, no me mate. De poi Dio, no me mate.

Pero Antonio, ciego de rabia, hundió de un tirón el filoso machete en el vientre de Don Fello.

- El primero fue por el Pinto, pero este fue por Antonio, el Valiente.

Antonio Ortega se entregó a la justicia esa misma noche. La comunidad acusó al alcalde de ladrón de tierras, cosa que salvó al Valiente de la cárcel. El sargento, sin embargo, sí fue a dar a la cárcel por orden del "Jefe" cuando se enteró que andaban robando tierras en su nombre.

El tribunal que conoció del caso, descargó tres meses después a Antonio Ortega por entender que había procedido en defensa propia.

Amigas

Seudónimo: El Colibrí

Nombre: René Vázquez Santander

¿Cómo fue que pasaron los años y no nos dimos cuenta? Llegué hoy de la calle y sin querer, o por la fuerza de la costumbre, me miré en el espejo. Las arrugas que tanto temíamos surcan mi frente, mi cuello, y mis manos están resecas. Hoy, después de verte en la calle, me he dado cuenta, amiga mía, que todo aquello de lo que nos reímos se hizo presente en nuestras vidas. ¿Te acuerdas del esposo de Carmen? "El Gordo" le decíamos. Tu le inventaste un apodo genial: "Barril de Manteca" Nos preguntábamos como podría ese obeso acostarse con la frágil Carmen. .cómo le haría el amor Incluso, llegamos a pensar que ella se le subiría encima, porque de otra forma era imposible ¡Nada, amiga, cosas de muchachas locas, sin mucha sustancia en la materia gris! Hoy, sin embargo, sí te puedo decir cómo se hace cuando uno tiene

un esposo obeso. Fíjate tú, yo que juré no casarme con un gordo; pero no siempre se hace lo que uno quiere. La situación económica era muy mala en la familia, apareció el gordo y se enamoró de mí. ¿Rechazarlo? No soy tonta, y además, le tengo miedo al hambre. Algunas amistades me criticaron. ¿Tú?, decían sorprendidas, ¡la que siempre tuvo en acción al equipo de fútbol del colegio! No me retracto de haberme casado con el gordo. Por lo menos me regala collares de brillantes. Yo lo veo como un regalo por los sacrificios casi inhumanos que hago. ¿Qué me pueden hacer? Tampoco me importa ya lo que puedan decir. Hace mucho tiempo que vivo una vida superficial y vana.

Sí, ya no soy aquella muchacha que lidereaba un movimiento de justicia social. La de las huelgas, los enfrentamientos con la policía y todo aquello.

¿Te acuerdas, Berta, aquellas noches interminables que pasábamos haciendo carteles y banderas? El café de tu mamá, la ayuda de tu hermano en la búsqueda de consignas para gritar por las avenidas de la Capital...

¿Cuántos hijos tendrás? Yo no tuve valor para acercarme a ti. Debí de hacerlo. Yo no pude tenerlos, Berta. Me hice muchos abortos y cuando quise, ya no pude. Un aborto fue de un hijo de tu hermano. El no quería y yo tampoco. Ahora pienso que hice bien, tu hermano luego se volvió un desquiciado mental que anda por las calles como un perro.

Vi que te pintaste el pelo. ¡Es una lástima! Tu cabello tenía un color negro increíblemente hermoso. No debiste hacerlo. De todas formas, eras y sigues siendo muy bonita. Todas te envidiaban. ¿Yo? Claro que sí. Tu desarrollaste primero que todas. Los senos te salieron como rocas y a través de la ropa dejabas notar las curvas de tus caderas. En cambio, yo tuve que esperar mucho tiempo. Siempre fui flaca y mal encarada. ¡Eso sí, puta como yo sola!

Te confieso que tuve que hacer un esfuerzo para reconocerte. Has cambiado mucho. Pienso que si tu me hubieras visto te habría pasado lo mismo. Por suerte mi Mercedes Benz pasó muy rápido frente a ti. Yo no soy aquella muchachita de motonetas que deseaba estudiar derecho. Sí, la Universidad la comencé, pero era un camino demasiado lento para subir y la dejé al año y medio. Quizás nunca debí de comenzarla, sabes muy bien que soy bruta. Tú eras la que debías de haber estudiado. ¡Dios mío! Eras brillante en matemáticas. Los problemas que resolvías dejaban boquiabierto al mismísimo profesor ¡Lo siento! La vida es dura y a veces muy injusta.

¿Cómo te va en tu profesión, Berta? Ser prostituta profesional tiene sus inconvenientes. Quien sabe si mi gordo ya te conoce. Ese sale a buscar sensaciones nuevas que ya yo no le doy

La ropa que llevabas me gustó. Talvez demasiado ajustada para mí, pero en fin, tú sí tienes qué enseñar. Porque te conozco, intuyo que trabajas sola. Debe ser difícil, pues no tienes

a ningún hombre que te defienda de un aberrado sexual. Recuerdo aquella vez que nos trataron de violar al regresar de una fiesta de Manuel. ¡Nos defendimos como leonas! Fuimos heroínas del colegio por mucho tiempo a raíz del incidente. ¡Heroínas! ¡Qué chiste! Nadie supo que después yo busqué por ese barrio al hombre que trató de violarme y le entregué mi cuerpo y mi alma. ¿Que por qué? ¡Ay mi amiga, mientras luchaba contra aquel hombre sentí tantas emociones e impulsos sexuales dentro de mí, que tuve que buscarlo para calmar esa sed! Desde aquel día, si el hombre no me maltrata no siento el orgasmo.

Así es, hermana mía, la puta soy yo. Sin embargo estoy rodeada de lujos y brillos. La alta sociedad me estima por mis donaciones caritativas a favor de los pobres. Dirigí por mucho tiempo el club de mujeres casadas con ricos comerciantes y lo dejé porque no me quedaba mucho tiempo para compartir con mi amante, un árabe industrial muy amigo de mi esposo gordo y mantecoso.

Debí bajar del auto, acercarme a ti y preguntarte si seguías acudiendo a la iglesia. Supongo que te será muy difícil ir a misa con esa ropa.. Debe ser traumático para un alma como la tuya. Tu fe en Dios era de acero. Tu confianza en la Providencia lindaba con la locura. ¡Qué lástima Berta que la iglesia te perdiera? Gracias que Dios no mira esas cosas con la misma inten-

sidad que nosotros los hombres y que las putas entrarán primero al Reino.

Yo creo que tu te salvarás, por tu fe te salvarás. ¡La perdida soy yo! Soy la primera en llegar a misa, comulgo todos los domingos y algún que otro día. Doy mi ayudita en la catequesis. El padre confía mucho en mí. Me confieso todas las semanas. ¡Y claro, no le cuento todas estas cosas y menos aún que él me gusta! Así es Berta, mi vida es una gran obra de teatro de un género que se ha puesto de moda. la tragicomedia.

¿Que cómo la vida nos llevó a estas posiciones, amiga mía? ¡Tú no mereces la vida que llevas, eres de las mejores! ¿Podrás algún día salir de eso? Yo, en cambio, no soy de las mejores, pero creo que tampoco me merezco esta doble vida, este juego doble que va abandonando con mi existencia poco a poco y me va alejando irremediablemente de lo que un día quise ser.

He cambiado, pero algo quedó intacto: mi cariño por ti. Tal vez sea ese rincón de mi corazón que aún queda limpio, el que me ayude a volver a vivir. Yo sé que a ti te ocurre lo mismo. Solo hay un lugarcito en tu corazón que no ha sido manoseado por nadie. Si soy yo, si es el cariño que sientes por mí, entonces ven a verme, ayúdame a salvarme. Yo en cambio te ayudaré a salir de esa vida que no mereces Berta.

Espero verte pronto, ¡Amiga mía!

Anexos

Acta Unica

Los jurados convocados para el "Segundo Concurso de Cuentos de Radio Santa María" reunidos el sábado 22 de octubre en la ciudad de La Vega, y después de ponderar los doscientos cuarenta y seis trabajos sometidos a nuestra consideración, hemos decidido los siguientes premios y menciones:

Premios:

1- "Estridencias".

Pseudónimo: Calcas Proteo.

Autor: Eugenio Camacho.

Calle Ramón Guzmán, 4, Moca.

Tel. 578-4668.

2- "Fulgor de Fantasma".

Pseudónimo: Blase.

Autor: Ubaldo Guzmán Molina. Calle Doctor Piñeyro, 172, Santo Domingo.

Tel. 682-0452.

3- “Delirium”.

Pseudónimo: Grulla.

Autor: Pedro Pablo Marte. Estancia Nueva, Santiago. Tel. 583-5766.

4- “Pasadizo”.

Pseudónimo: Putuassa Della Tosa.

Autor: Julio Adames. Calle Gratereaux 19, Constanza. Tel. 539-3468.

5-“Memorias Perdidas del Motel Paradiso”

Pseudónimo: Jack el Destripador.

Autor: Marcos Francisco Jorge. La Vega. Tel. 573-0766.

Menciones:

1- “La Virgen de la Poza del Castillo”.

Pseudónimo: Juan sin Miedo.

Autor: Franklin Alvarez. Calle Mella 54, Puerto Plata. Tel. 586-4145.

2- “El Ciguapo”.

Pseudónimo: El Conde.

Autor: José Durán Veras. Calle #5, 23, Palmarito, La Vega. Tel. 573-7696.

2- “Mi Hijo no va a ser Gringo”.

Pseudónimo: Bheyda.

Autor: Francisco Lugo. Elías Piña 9, Reparto Yuna, Bonao. Tel. 525-5829

4- “El Valiente”.

Pseudónimo: Quevedo el Grande.

Autor: Juan Robles. Calle Duarte 10, Bonaو.

Tel. 525-7412.

5- “Amigas”.

Pseudónimo: El Colibrí.

Autor: René Vázquez Santander, sj. Km. 1,

Carretera Duarte, La Vega. Tel. 573-2722.

Dado en La Vega, a los 22 días de mes de
octubre de 1994.

Enriquillo Sánchez

Julián Alvarez

Carlos Fernández-Rocha.

Bases del Concurso

1. Los participantes deben tener una edad mínima de 18 años.
2. Los cuentos que se envíen para participar en el concurso deben ser inéditos; es decir, que no hayan sido publicados antes en el país, ni en el extranjero.
3. Los cuentos deben tener un máximo de 25 páginas y un mínimo de 3 páginas, escritas a doble espacio en papel normal 8.5 x 11 pulgadas.
4. Debe enviarse un original y tres copias, escritas a máquina a dos espacios.
5. Cada participante puede enviar hasta cinco cuentos diversos, pero usar para todos la misma identificación.
6. Los cuentos pueden enviarse a una de estas tres direcciones:

***SEGUNDO CONCURSO
DE CUENTOS RSM***

Radio Santa María, Apdo. 55, La Vaga. También a
Casa de Teatro, Meriño 44, Santo Domingo.
También a **Librería Amigo del Hogar**, Sol 28,
Santiago.

7. El plazo de admisión de este concurso expira el 30 de Septiembre de 1994 a las 7:00 p.m.

8. Los miembros de Radio Santa María, podrán participar en el concurso, a excepción de las personas que formen parte del jurado.

9. Los cuentos deben firmarse con un seudónimo y no debe aparecer ninguna señal que identifique al autor. El nombre y apellidos del autor a que corresponde dicho seudónimo, ha de incluirse en un sobre cerrado y lacrado y debe constar, además el domicilio y teléfono.

10. Radio Santa María seleccionará el jurado que juzgue conveniente para la asignación de los premios después de nombrar a uno de los miembros como presidente del jurado.

11. Al expirar la fecha para entregar los cuentos que deben concursar, Radio Santa María, le entregará bajo inventario todos los originales al jurado.

12. El jurado, de acuerdo con la cantidad de cuentos, dispondrá de un plazo máximo de días, que será determinado en el momento de recibir los originales.

13. Se otorgará un primer premio, un segundo premio, un tercer premio, un cuarto y un quinto pre-

mio y cinco menciones honoríficas, de acuerdo con el veredicto del jurado.

14. Los premios serán dotados de la manera siguiente:

1er. premio: RD 6,000.00 y diploma;

2do. premio: RD 4,00.00

3er. premio: RD 3,000.00

4to. premio: RD 2,000.00

5to. premio: RD 1,000.00

15. Despues que el jurado haya decidido su veredicto sobre los trabajos, se procederá a la apertura de los sobres que contienen la identificación de los seudónimos, en un acto con representantes de Radio Santa María y de la firma patrocinadora Industria de Tabaco León Jimenez, S.A. y de Casa de Teatro, del cual se levantará un acta que firmarán todos los circunstantes.

16. Los nombres de los ganadores y la fecha de entrega de premios será divulgada por Radio Santa María, cuando lo crea oportuno, por medio de los instrumentos de comunicación social a su alcance. La premiación se realizará el 28 de Octubre de 1994, fecha del 38 aniversario de Radio Santa María.

17. Los cuentos premiados pasarán a ser propiedad de Radio Santa María y serán divulgados inmediatamente por la prensa.

Posteriormente, Radio Santa María y la firma patrocinadora, considerarán publicar un volumen de cuentos dominicanos con los 10 cuentos premiados.

Colofón:

Este libro se terminó de imprimir
en octubre de 1995 en los talleres
de la imprenta “Amigo del Hogar”,
Santo Domingo, D.N.

INDUSTRIA DE TABACO E. LEON JIMENES, S.A.

